
3 1761 08831820 9

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

A

No. 10.

LA REALIDAD

Y

EL DELIRIO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1887.

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE AGOSTO DE 1886.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á casa... que llueve	1	D. Ayllón López	Todo.
¿Central?	1	Adolfo Llanos	»
Cuestió de faldes	1	Antonio Roig	»
El año uno	1	Larra y Páris	»
El barber de carreró	1	Antonio Roig	»
El casament de les borles	1	Antonio Roig	»
El Conde Lotario	1	José Echegaray	»
El Indiano	1	Enrique Segovia	»
En la pendiente	1	F. Javier Santero	»
Esperanzas	1	F. Javier Santero	»
El lunes del Escorial	1	Mariano de Larra	»
El tarjetero de marfil	1	Mariano Vallejo	»
Entre el amor y el deber	1	José Soto Pedreño	»
La alcaldesa	1	Enrique Segovia	»
La boda de mi criada	1	E. Segovia	»
La lista grande	1	M. Echegaray	»
Les botiques de la O	1	Antonio Roig	»
Los demonios en el cuerpo	1	M. Echegaray	»
Los sinapismos	1	Ricardo Blasco	»
Patria y libertad	1	Márcos Zapata	»
Pedro Jimenez	1	José M.ª Gutierrez de Alba	»
Ponerse la venda	1	Cuesta y Gay	»
Quedarse en tierra	1	Eduardo Navarro	»
El doctor Olmedo	2	F. Javier Santero	»
La piedad de una reina	2	Márcos Zapata	»
La señora de Matute	2	Navarro	Mitad.
Dos fanatismos	3	José Echegaray	Todo.
El cazador de Aguilas	3	Rossendo Arus	»
El dia del desposorio	3	Tomás Mur	»
El doctor Lorenzo	3	Rossendo Arus	»
El nuevo Tenorio	3	Bartrina y Arus	»
La doctora	3	Joaquin Cabot	»
La encubridora	3	Bago y Francos	»
La doctoresse	3	Ferrier y Bocage	»
La huella del crimen	3	Rossendo Arus	»
La sonámbula	3	Luis Sagur	»
Las aves de rapiña	3	Sres. Arus y Vidal	»
Los caballeros del hierro	3	Juan Artau	»
Tête de Linotte	3	Barriere y Gondinet	»
Vivir en grande	3	Miguel Echegeray	»
Felipe Derblay	4	Georges Ohnet	»

LA REALIDAD Y EL DELIRIO.

LA REALIDAD Y EL DELIRIO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY,

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro ESPAÑOL la noche del 12 de Abril de 1887.

SEGUNDA EDICIÓN.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal.*

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
ÁNGELA, esposa de..........	DOÑA ANTONIA CONTRERAS.
GONZALO, hijo de...........	D. RAFAEL CALVO.
DON ANSELMO............	D. ANTONIO VICO.
ENRIQUE, amigo de Gonzalo..	D. RICARDO CALVO.
PAULINA, amiga de Ángela y hermana de...............	DOÑA AMPARO GUILLÉN.
LUIS......................	D. JÁIME RIVELLES.
CARLOTA, esposa del doctor...	DOÑA ELISA CASAS.
DON MATÍAS................	D. CÁRLOS SÁNCHEZ.
LEANDRO...................	D. DONATO JIMENEZ.
BERNARDO, criado..........	D. EDUARDO LÓPEZ CHICO.
UN CRIADO.................	No habla.

Escena contemporánea.

ACTO PRIMERO.

Salón elegante en casa de Gonzalo. En el fondo una puerta por la cual se ven las antesalas. Á la izquierda un balcón en primer término, una puerta en segundo. Á la derecha una puerta, en segundo término: una chimenea encendida en primero. En primer término, á la izquierda, una mesa, y alrededor sillas y butacas: á la derecha un sofá. Es de noche: el salón espléndidamente iluminado.

ESCENA PRIMERA.

PAULINA y CARLOTA.

Carlota aparece sentada junto á la chimenea. Paulina inquieta y dando vueltas por el salón. Dan las diez.

PAUL. ¡Las diez! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Y Ángela salió antes de las seis! ¡Cuatro horas, Dios mío!

CARL. ¿Y qué? Las visitas á los enfermos son cortas, cuando son visitas de médico, como dice la sentencia vulgar, y como es costumbre de mi respetable esposo y respetabilísimo doctor don Matías Matallana; pero cuando son ángeles de caridad los que acuden al lecho del ser que sufre, duran tanto como dura el dolor. ¡Dolor inmenso!... ¡pues inagotable caridad! (Exagerando.)

PAUL. ¡Poética estás!

CARL. ¡Como sé que tú lo eres, procuro complacerte: que por lo demás buen trabajo me cuesta! (Riendo.)... no el complacerte ¡sino el remontarme á tus alturas!

PAUL. (Parándose de pronto.) ¿Y quién es esa amiga, á quien ha ido á visitar Ángela? ¿Lo sabes tú?

CARL. Lo ignoro, querida mía.

PAUL. ¿Y cuándo vuelve su marido... de ese viaje, que tan de pronto se le ocurrió?

CARL. ¿Cuándo vuelve Gonzalo?

PAUL. Sí.

CARL. También lo ignoro.

PAUL. Hija, tú lo ignoras todo. (Con impaciencia.) El marido salió ayer de Madrid: no se sabe á donde, ni se sabe por qué. La mujer ha salido esta noche y tampoco se sabe á dónde ha ido. ¡Un matrimonio que se deshace!

CARL. ¡Qué cabeza!

PAUL. ¡Te digo, que estoy preocupada, inquieta, nerviosa!..

CARL. Pero si no hay motivo.

PAUL. Es que cuando yo quiero á las personas, las quiero de veras.

CARL. Y yo también, pero sin esos extremos.

PAUL. Pues bueno: yo soy así: y estoy... que no puedo estar en calma.

CARL. Es el tiempo, ¡cielo negro, noche tempestuosa, viento helado, efluvios eléctricos!... ¡Y tú, hija mía, que eres una sensitiva! Toda viuda joven y guapa es una batería voltáica: dice mi señor esposo, y tiene razón.

PAUL. Eso será. (Sentándose.)

CARL. Eso es: no lo dudes. Porque es lo cierto que no hay causa ni razón para que estés intranquila. ¡Sino que tú tienes afición á lo fantástico: la imaginación te arrastra consigo: en todo ves peligros, tragedias, catástrofes! En fin ves... lo que no vemos los demás. Por ese camino se va á la demencia ¡y tendrás que verte con el doctor Matallana! famoso alienista, sócio honorario de la Academia de Medicina de París y es-

poso efectivo de una mujer juiciosa como yo; conque ya sabes las señas, por si el caso llegase: (Riendo.) hotel inmediato á éste: consulta, de una á cuatro.

PAUL. ¿Conque veo visiones? Tú, en cambio, en todo ves lo natural: la realidad tranquila y prosáica es tu culto. Pues mira, por ese camino también se va...

CARL. No, querida, por ese camino *no se va*: se queda una muy quietecita.

PAUL. Pues yo no puedo quedarme quieta. Voy á llamar á Bernardo. (Toca un timbre.)

CARL. ¿Para qué?

PAUL. Ya verás. (Levantándose.)

ESCENA II.

PAULINA, CARLOTA y BERNARDO, criado de edad, por el fondo.

PAUL. Bernardo... ¿no ha vuelto la señora?

BERN. La señora no ha vuelto.

PAUL. ¿Y no ha mandado ningún aviso?

BERN. Ninguno ha mandado.

PAULINA. ¿Salió sola?

BERN. Salió sola y salió á pié, porque así lo dispuso. No quiso que se enganchase, ni que Toribio fuese con ella; y se le obedeció como era nuestro deber.

CARL. Bueno, basta: puede usted retirarse. (Bernardo se dirige al fondo, pero no acaba de salir.)

PAUL. ¡Ah, un coche ha entrado! ¡Será Ángela? (Precipitándose al balcón.)

BERN. (Asomándose al fondo.) No, señora. Con su licencia, es el padre del señor: es el señor don Anselmo... y con él viene el señor don Leandro de Oca.

CARL. Mi marido dice que no se llama Oca, sino Eco; porque jamás tiene ideas propias: como un Eco repite las ideas de los demás.

PAUL. ¡Tampoco es ella! (Se separa con enojo del balcón. Entran D. Anselmo y D. Leandro y se retira Bernardo.)

ESCENA III.

PAULINA, CARLOTA, D. ANSELMO y D. LEANDRO.

ANS. ¡Mi querida Paulina!... Adios, Carlota.

LEAND. Señoras mías... siempre á sus piés y á sus órdenes. (Se van sentando todos, procurando dar verdad á la escena y sobre todo naturalidad.)

ANS. (Buscando con la vista.) ¿Y mi querida Ángela?

PAUL. No está.

ANS. ¿No está Ángela?

CARL. No, señor.

ANS. ¿Y cómo es eso?

PAUL. Le diré á usted: como Gonzalo no estaba... por hacer compañía á nuestra querida Ángela, vinimos á comer con ella; pero al sentarnos á la mesa, recibió una carta muy urgente.

ANS. ¿De Gonzalo?

CARL. No, señor. Según parece, una amiga de Ángela, una antigua compañera de colegio había caído enferma de pronto... ¡pero muy enferma!

PAUL. ¡Caso de muerte!... según nos dijo Ángela.

CARL. Y es natural... la familia la llamaba con extraordinaria urgencia.

ANS. Vea usted, ¡qué desgracia!

LEAND. Será una meningitis; ó un derrame seroso; ó una pulmonía; ó un aneurisma: de todo esto hay mucho: lo he leído ayer. Malo, malo, malo: esto se acaba.

PAUL. Pues Ángela se afectó, lo que no es decible. Se quedó pálida como una muerta: y empezó á temblar: y tuvimos que sostenerla.

LEAND. ¿Había comido ya?

CARL. No, señor; si fué al sentarnos á la mesa.

LEAND. Menos malo: después de una gran pena, se debe comer... para tomar fuerzas; pero antes, nunca. ¡Oh, hay

que tener mucho cuidado: yo con esto no transijo: después de comer, no tolero un disgusto.

ANS. Ya lo sabemos, querido Leandro. (Á Leandro.) Pero en fin, ¿Ángela?...

PAUL. ¡Rompió á llorar como una niña! y luego le dió así... ¡á manera de un rapto de desesperación! ¡y apretaba los dientes y los puños!

LEAND. ¡Pues, los nervios! ¡es mucha máquina esta máquina nuestra!

ANS. Perdona, Leandro; y deja que acabe Paulina. La verdad es que me van ustedes alarmando.

CARL. Es que también Paulina exagera. Como Ángela es tan impresionable... ¿qué tiene de extraño que al saber el accidente de su amiga?...

ANS. ¿Pero quién es esa señora, ó esa señorita? ¿Dónde vive? ¿no se puede mandar un recado?

PAUL. No sabemos quien es: ni sabemos donde vive.

LEAND. Lo mismo que á mí me sucede: nunca me acuerdo de las señas de nadie. ¡Es mucha cabeza, esta cabeza nuestra!

CARL. No: si no las hemos olvidado: es que jamás las hemos sabido.

LEAND. Mal hecho: las señas hay que apuntarlas.

ANS. Pero en fin, ¿Ángela se repuso?

PAUL. Sí, señor. Cobró ánimo, mostró mucha energía, y hasta sonrió al despedirse de nosotras.

CARL. Nos dijo que dispensásemos... ¡figúrese usted con la confianza que tenemos!

ANS. ¿Y se fué?

PAUL. ¡Se fué sola!

LEAND. ¡Mal hecho! ¡Sola, y en una noche como esta! ¡qué disparate!

ANS. Esa es la palabra, un disparate. ¡Cuando Gonzalo lo sepa, bueno se pondrá!

LEAND. ¡Bueno se pondrá! ¿Y cuándo vuelve Gonzalo?

ANS. No sé. En fin, ya no hay más que tener paciencia y esperar.

LEAND. ¿Esperar á que vuelva Gonzalo?

ANS. No, hombre: Ángela, Gonzalo ya volverá cuando sea servido. Y no tardará mucho; porque la verdad es que no puede estar separado cinco minutos de su mujercita. ¡Cuatro meses de matrimonio! ¡la luna de miel! ¡y cómo se quieren!

PAUL. ¡Con delirio!

CARL. ¡Con pasión!

LEAND. ¡Con frenesí!

ANS. ¡Matrimonio modelo! ¡cielo anticipado! ¡horizonte sin nubes!

LEAND. ¡Muy bien hecho! ¡si señor, muy bien hecho! si un matrimonio no es un cielo sin nubes ¿para qué es matrimonio? ¿Pero diga usted, Paulina, esta noche no sirven el te? ¡La noche está fria, los cuerpos están ateridos, las pulmonías andan sueltas! ¿Verdad, Anselmo? y digo del té lo que dije del matrimonio ¿si el té no sirve para noches tales, para qué sirve?

PAUL. ¡Si, señor! al momento. (Toca el timbre.)

CARL. (Ap. á Paulina.) (Ya tuvo una idea el señor de Oca.)

(Bernardo en el fondo.)

PAUL. Bernardo, que sirvan el té lo más pronto posible. (Bernardo se retira.)

ANS. ¿Y Enrique no ha venido esta noche? (Á Carlota.)

CARL. No ha venido, pero ya vendrá más tarde. El amigo íntimo de Gonzalo no puede abandonar á la esposa en esta viudez de cuarenta y ocho horas.

ANS. ¿Y tu hermano tampoco viene? (Á Paulina.)

PAUL. Yo creo que sí; pero estará todavía en el Círculo.

BERN. (Anunciando.) El señorito Luis.

ANS. Ya le tenemos.

PAUL. Y más pronto que de costumbre.

CARL. Cuando él se anticipa, es que traerá alguna historia que contarnos.

LEAND. ¡Buena será ella!

ESCENA IV.

PAULINA, CARLOTA, D. ANSELMO, D. LEANDRO y LUIS.

LUIS. ¡Muy buenas noches! ¡por más que sean muy malas! ¡Qué viento! ¡qué temperatura! ¡esto no es ya temperatura: es la congelación universal! Saludo á todos ustedes, y en particular á mi señor don Anselmo. Y me pongo á los piés de Carlota. (Se acerca á la chimenea.)

ANS. Y yo en nombre de todos, saludo á mi señor don Luis.

LEAND. (Ap. á Anselmo.) (¡Este chico no es simpático: no, señor. Mala cabeza!)

ANS. (Ap. á Leandro.) (Un poco ligero.) (En este momento sirven el té, cuyo servicio colocan en la mesita de la derecha: un servicio elegante de plata, cuya lámpara encienden.)

LUIS. ¿Hay noticias de Gonzalo? ¿cuándo vuelve?

ANS. No se sabe; pero supongo que será muy pronto.

PAUL. ¿Y no preguntas por Ángela? (Á Luis.)

LUIS. ¿Ángela? ¡dices Ángela! Pues, cuando les veo á todos ustedes con rostros risueños y buen humor, supongo que estará perfectamente. De todas maneras dispénseme usted, señor don Anselmo, si no le he preguntado antes por su simpática hija política.

ANS. Como si fuese hija propia, que tanto la quiero.

LUIS. Y lo merece. Pero es que vengo distraido y hasta preocupado. ¡Qué mundo! ¡y qué Madrid! ¡y qué dramas! ¡Luego se quejan... y dicen, si tenemos ó no tenemos afición á esta clase de espectáculos! Pero si la sociedad nos da de balde dos ó tres dramas nuevos cada dia, en sus altas esferas, y en sus ínfimas capas, y en sus regiones medias ¿á qué hemos de pedir á la *ficción* por perfecta que sea, aquello mismo que la *realidad* nos ofrece con su prodigiosa inventiva, sus apetitosos incentivos, y su baratura sin par?

ANS. Tienen un inconveniente muchos de esos dramas á que se refiere usted, y es... que no son estrenos.

LUIS. Es verdad y es una lástima. Pero el de esta noche...

CARL. ¿No lo dije? ¡Ya tenemos historia! ¿se ha contado algo en el Círculo?

LUIS. ¿Si han contado? ¡pues no! ¡una historia novísima! ¡una infamia palpitante! ¡un escándalo que se eleva á las cúspides sublimes de lo escandaloso! y por tenerlo todo.. un drama, que tengo para mí, que ha sido un verdadero estreno.

LEAND. Hombre de Dios, y joven del Círculo, si es tan escandaloso el suceso como usted pondera, haga usted el favor de no contarlo, que hartos estamos ya de inmoralidades y extravíos. Repare usted que hay señoras y que estamos nosotros, que por nuestra edad y nuestras circunstancias... ¿verdad, Anselmo?

ANS. No creo yo que Luis contase nada que no pudiésemos oir.

LUIS. Muy bien dicho, respetable protector y amigo. ¿No ha de poder contarse esta noche y en este salon, lo que ya estará contándose á estas horas en voz baja en salones y teatros; y mañana se repetirá en voz alta por calles, plazas y paseos; y antes de tres días retumbará con ecos de infamia y de deshonra por todas partes donde haya lenguas que se agiten y oídos que se aguzen?

LEAND. ¡Jesús, María y José! ¡infamias y deshonras! ¡ya se nos vino encima la casa!

ANS. Hombre, esta casa no, que está bien fundada. Nuestros padres le echaron cimientos firmísimos de honradez y rectitud.

LEAND. Pues la otra: esa de que habla Luis. Y yo repito lo que dije antes, aunque no me gusta repetir los conceptos: no puedo tragar estos escándalos, y perdonen lo vulgar de la frase.

CARL. ¿Si ayudásemos con una taza de té?...

LEAND. Pasaría mejor la historia ciertamente. (Carlota le sirve una taza de té á D. Leandro.)

CARL. Y si al cabo ha de contarnos usted ese... triste suceso,

que sea pronto.

PAUL. Sí, pronto: mira que ya estamos impacientes.

LUIS. Pues oigan ustedes, lo que nos ha referido un amigo hace poco en el Círculo.

LEAND. (*Ap. á Anselmo.*) (Ya está en sus glorias: y el amigo debe ser él mismo.)

ANS. (*Ap. á Leandro.*) (Es muy posible.)

LUIS. (*Con tono misterioso.*) En cierta calle de esta coronada villa, y en el piso principal de cierta casa, reúnense diariamente, sobre todo de noche, algunos jóvenes y algunas otras personas que ya no lo son, casi todos de buena sociedad y hasta de elevada clase algunos, con el objeto, laudable por todo extremo, de hacer estudios prácticos tan sérios como costosos, sobre el *cálculo de probabilidades.*

LEAND. Hombre, eso no me parece ni escandaloso, ni censurable siquiera. Á un sobrino mío, que estudia en Artillería, joven de provecho por más señas, tengo entendido, que para resolver los problemas de la balística y precisar matemáticamente el tiro, le están enseñando ese cálculo de probabilidades de que usted nos habla.

LUIS. Sí, señor; pero en el club, ó sociedad, á que me refiero, el tiro se efectúa con unas bolas chiquitas: y el blanco está en círculo horizontal y á veces es rojo: y el círculo y las bolas giran ni más ni menos que la rueda de la fortuna.

ANS. Diga usted de una vez que se trata de una ruleta y que la casa es una casa de juego.

LEAND. Ya: ya lo comprendo.

LUIS. Esa interpretación, aunque torcida á mi entender, le dió sin duda *la autoridad;* porque es lo cierto y lo triste, que cayó de pronto en el salón de las científicas experiencias, con asombro, espanto y dispersión de aquella ilustre sociedad de sábios.

LEAND. ¿Y qué?

LUIS. Que lo grave empieza ahora. Apagóse la luz, evaporóse el dinero que se hallaba á mano, empezó la fuga

de los sócios; y como el inspector sospechase, que se habían refugiado algunos en el único entresuelo de la casa, después de llamar varias veces en nombre de la ley, penetró por la ley de la fuerza con buen golpe de gente, como diría cualquier historia rancia, en el malhadado entresuelo; en el cual aparecieron... ¡y este es el cuadro final!... un caballero muy conocido, que con revólver en mano cerraba el paso, y una señora hermosísima, muy conocida también, y casada por más señas, que creyó con buen instinto dramático y oportunidad suma, que lo menos que podía hacer en caso tal era desmayarse, como en efecto se desmayó. En resúmen: revólver trágico, deliquio cómico, autoridad ceñuda, cuellos que se estiran, la moral que se encoje, y el escándalo que á estas horas se estará ensanchando por todo Madrid.

PAUL. ¿Y quiénes eran? (Sin poder contenerse.)

CARL. ¡Por Dios, Paulina!

PAUL. ¡Ah! es verdad: dispénsenme ustedes: no supe lo que preguntaba.

ANS. No lo diga usted, Luis: no hemos de ser nosotros cómplices de ese escándalo que nos anuncia.

LUIS. No podría decirlo aunque quisiera, y aunque usted no me lo prohibiese, porque lo ignoro. Pero mañana, aun sin preguntarlo, lo sabremos todo. (Pequeña pausa.)

ANS. ¡Una mujer manchada para siempre: un esposo deshonrado: una familia deshecha! Asunto sabroso, como usted dice.

LEAND. ¡Ah! ¡esta sociedad! ¡esta sociedad! ¡señor, si la moral, si las leyes sociales, si las costumbres públicas no sirven para evitar estas desdichas! ¿para qué sirven?

LUIS. Advierta usted que estas, de que hablamos, no son costumbres públicas, sino costumbres privadas, que se hacen públicas por accidente.

ANS. No hay que exagerar: esas miserias y otras mayores han sucedido siempre. Pero siempre es cosa muy triste la traición, el desengaño y la deshonra. No soy

beato; no, señor. Pero cuando oigo lances como el que hemos oído, doy gracias á Dios con toda mi alma, por pertenecer á una familia honrada; por trasmitir á mi hijo la honra, que sin mancha recibí de mis padres, sin mancha también; y por tener en Ángela un ángel, que trasmita á mis nietos las limpias tradiciones de mi esposa y de mi madre. ¡Ah! el cariño, sin disimulos ni traiciones; el hogar doméstico sin sombras de mentira; poder dar un beso á cualquiera de los suyos, sin sentir fuego en los lábios; poder dar un abrazo sin tener que rematarlo por estrangulación; y cuando la familia está reunida en torno á la chimenea y la llama se refleja en rostros de hombres y mujeres, no verse obligado á pensar: «ese carmín del cútis ¿será el fuego de la llamarada ó el fuego de la vergüenza?» y cuando á la palidez del crepúsculo palidecen las frentes, no revolver en el cerebro esta idea: «¿será lo apagado de la luz ó lo lívido de la culpa?» ¡Ah! ¡no, no: vivir es respirar entre el amor y la confianza; no, retorcerse entre la duda y el ódio! ¡Para vivir, amar! para dudar, morir!

CARL. ¡Qué calor! ¡y qué poesía!

LUIS. Don Anselmo es un poeta rezagado del romanticismo: un vate melenudo.

LEAND. Pues yo no soy melenudo y digo como Anselmo: si la vida no sirve para vivir...

LUIS. Entendido: ¿para qué sirve?

LEAND. Justamente.

ANS. Nada, nada: hablemos de otra cosa.

LUIS. Hablemos de otra cosa... y bebamos una tacita de té, que bien ganada la tengo.

CARL. Con mucho gusto. (Le sirve una taza de té.) ¿Quiere usted un terroncito ó dos. (Ofreciéndole azúcar.)

LUIS. Contesto lo que Francillón... es decir, lo que el insigne Alejandro Dumas, hijo, puso en Francillón, en lábios de uno de sus personajes.

LEAND. ¿Y qué puso? ¿el terrón de azúcar?

LUIS. No, señor: esta ingeniosísima respuesta: Carlotita, si

va usted á poner el terrón con las tenacillas, un terrón no más: si con los lindísimos dedos, los que usted quiera.

LEAND. ¿Con los dedos? Hombre, en nuestro tiempo... (Volviéndose á Anselmo.)

ANS. En todos los tiempos un terroncito blanco de azúcar entre los blancos y primorosos dedos de una dama, será una monada lindísima.

PAUL. Muy bien dicho.

ANS. Pues si está bien dicho, que no lo sé; aunque respondo de que está bien sentido, que no sea yo menos que Luis: venga otra taza.

CARL. ¿Pero no había usted tomado?...

PAUL. ¡Qué distraidas somos!... (Las dos se precipitan á servirle.)

LUIS. ¡Nunca fuera caballero de damas tan bien servido!... Y ahora diga usted lo de Francillón.

LEAND. ¿Pero quién es ese Francillón?

PAUL. No es *ese* sino *esa*, porque es la heroina del último drama de Dumas.

LEAND. ¿Un drama moderno?

PAUL. Modernísimo.

LEAND. Siempre será inmoral.

LUIS. No, señor; y bajo el concepto del interés, según ciertos críticos, este es quizá su defecto. Y además, aunque indirectamente en él se planteen graves problemas sociales.

LEAND. Ya tenemos problemitas en escena. No los puedo sufrir en ninguna parte.

LUIS. ¿Ni siquiera en la cabeza? (Con sorna.)

LEAND. Tampoco: en el teatro cansan, y en la cabeza duelen.

PAUL. Esta noche está don Leandro inspiradísimo.

ANS. ¿Y son trascendentales?

LUIS. Ya lo creo: la igualdad del hombre y de la mujer ante el derecho y ante la responsabilidad; para el castigo como para el perdón.

CARL. Ni más, ni menos.

LEAND. ¡Qué despropósito! ¿Qué han de ser iguales?

PAUL. ¿Por qué no?

ANS. Porque si fueran iguales, sobraba uno.

LUIS. ¿De modo que usted cree?

ANS. Creo que muy á gusto tomaría otra taza. (Carlota y Paulina se apresuran á servirle.) Y creo que la mujer simboliza por manera poética el sentimiento, el cariño dulcísimo, la pureza, la piedad, el perdón; y el hombre con todas las potencias de su ser representa la pasión, la fuerza, la razón severa, el desbordamiento de la energía, la represión y el castigo. Ella, el rayo de luna que se esconde entre las sombras del bosque; él, el rayo de sol que choca contra los ásperos picachos de la sierra. El llanto que es poesía en la mujer, es casi vergüenza en el hombre. ¡Y en cuanto á la falta!... ¡ah!... ¡la falta! ¡qué abismo del uno al otro ser! En el esposo, por ley de naturaleza se perdona, se olvida, se borra; en la mujer, ni se perdona, ni se olvida, ni se borra jamás, sino cuando la tierra piadosa cubre el cuerpo pecador.

CARL. ¡Oh! ¡qué implacable!

PAUL. Dí más bien, qué cruel.

LUIS. ¿La patria de Calderón y de Lope?

ANS. La patria de los hombres de honor.

LUIS. ¿Pero por qué es distinta la falta? ¿Vamos á ver? ¡Ya verán ustedes como defiendo al sexo débil!

ANS. Defensa interesada de soltero.

LUIS. Pero dé usted razones.

ANS. Las hay religiosas, filosóficas y sociales... y luego la cuestión de los hijos...

LEAND. Evidente... evidente... y luego la cuestión de los hijos. He aquí un caso en que no cabe la duda.

ANS. Y este es caso peregrino en que la duda es una razón más. Y apropósito de dudas... dudo si han puesto ustedes azúcar en esta taza... Á ver, á ver... (Lo prueba.) Sí, sí: lo tiene. (Sonriendo.) Y ahí tienen ustedes la diferencia que hay en este mundo entre las cosas ciertas y las cosas dudosas. Dudo yo quién de ustedes ha pues-

to el blanco terrón de azúcar en el aromático líquido; pero no me cabe duda que entre mis manos está, y que en el fondo de mi taza disuelve sus primorosos cristales en la hirviente bebida.

PAUL. De todo lo cual deduce el señor don Anselmo con todo su bondadoso carácter...

LUIS. Que para nosotros se hizo el perdón, y para ustedes el castigo.

ANS. Precisamente. Y si quieren una prueba más, pregunten á la sociedad su opinión. ¿Perdona la mujer el extravío de su esposo? pues su virtud, su prestigio, su respetabilidad crecen. ¿Perdona el esposo ultrajado? pues todos le condenan á eterno ridículo, y al acento de piedad se mezcla la carcajada del sarcasmo.

LEAND. ¡Perfectamente! ¿Pues no faltaba más sino que el esposo de esa señora de que antes nos hablaba Luis la reciba en sus amorosos brazos?

PAUL. ¿Quién sabe si es culpable?

LEAND. ¡No me queda más que oir!

CARL. ¡Lo que es eso!...

PAUL. Á veces las apariencias engañan.

ANS. Pero tales apariencias como estas, se parecen mucho á realidades.

PAUL. ¿Por qué? ¿Y si fué... por ejemplo... á espiar á su esposo?

ANS. ¡Ingeniosa ocurrencia! ¡espiar á su marido! ¡y para espiarle escogió la compañía de un buen mozo! ¡Les digo á ustedes que si el sistema se generaliza vamos á tener un expléndido cuerpo de vigilancia doméstica!

CARL. Está usted contundente.

ANS. Lo que estoy ya, es inquieto. ¿Qué hora tenemos?

PAUL. Las once.

ANS. ¿Las once, y Ángela no ha vuelto?

CARL. ¡En verdad que va siendo tarde! ¡cinco horas hace que salió de casa!

LUIS. Oigan ustedes... alguién llega... (Levantándose.)

PAUL. ¡Si fuese Ángela! (Yendo al fondo.)

LEAND. Y lo será: claro es que lo será. Alguna vez había de venir.

PAUL. Sí, ella es.

ANS. ¡Gracias á Dios!

PAUL. Por fin.

ESCENA V.

PAULINA, CARLOTA, D. ANSELMO, D. LEANDRO, LUIS y ÁNGELA.

Ángela por el fondo descompuesta, pálida y desfallecida.

ANS. ¡Ángela!... ¡hija mía!... ¡mi querida Ángela!

PAUL. ¡Ángela!... (Todos se levantan y se aproximan á ella. D. Anselmo y Paulina se le acercan cariñosamente: Ángela les mira con extrañeza y temor.)

ANGELA. ¿Quién me llama?... ¡Ah! ¡es usted! (Á D. Anselmo.) ¿Eres tú?... (Á Paulina.) ¡Ay, Dios mío!... ¡Dios mío! (Se deja caer en el sofá de la derecha.)

PAUL. Te esperábamos con impaciencia: estábamos inquietos.

ANGELA. ¿Por qué?

ANS. ¡Por qué! ¡Qué pregunta! ¡sabiendo lo que todos te queremos!

PAUL. ¡Mírame, ingrata!

ANGELA. ¿Para qué he de mirarte? ¿para qué te acercas?

PAUL. ¡Miren la mimosa!... para darte un beso.

ANGELA. (Rechazándola.) ¡Eso no!... ¡No quiero que nadie me toque! ¡No quiero que nadie me bese!... ¡Dejadme, dejadme por Dios!

ANS. (Ap. á los demás.) Debe haber ocurrido alguna desgracia.

LUIS. (Lo mismo á D. Anselmo.) ¡Repare usted qué palidez!

CARL. (Lo mismo á los demás.) Habrá muerto su amiga.

LEAND. Indudablemente.

ANS. Justo. Eso debe ser. Pobre Ángela, qué buena es y que cariñosa.

LUIS. Quién lo duda. (Mientras los demás personajes hablan aparte y en voz baja, Paulina se sienta junto á Ángela, la acaricia, y procura consolarla.)

PAUL. ¡Ángela, no seas así! ¡ten valor! ¡óyeme!... ¿ha muerto acaso?

ANGELA. ¿Quién?

PAUL. Tu amiga, tu compañera, la que tú nos dijiste...

ANGELA. ¡Ah!... ¡sí: pues eso!... ¡ha muerto!... ¡Todo muere: cómo no había de morir!... ¡Y es mejor: se descansa: se olvida!... ¡La memoria... la memoria es la maldición de la vida!

PAUL. ¡Por Dios, no digas eso!... ¡qué ideas!

CARL. (Ap. á los demás.) Ha muerto: ya lo decía yo.

ANS. (Á Carlota.) Tenía usted razón.

LEAND. Todos lo decíamos: no podía ser otra cosa.

LUIS. Si no era eso, ¿qué podía ser?

ANS. Vamos, hija, sosiégate. ¿Deseas algo? ¿Prefieres retirarte?...

PAUL. ¿Quieres que te dejemos descansar?

ANGELA. ¡Sí!... ¡por favor!... ¡prefiero estar sola!...

CARL. Entonces...

ANGELA. No: sola, no. ¡No me dejen ustedes! ¡Qué noche!... ¿Habrá sido un sueño?... ¿Don Anselmo, habrá sido un sueño?...

ANS. ¡La vida lo es, según dice el gran poeta!

ANGELA. ¡Ah! ¡si hubiese sido un sueño, qué alegría!... ¡Y sin embargo, yo quisiera dormir, dormir profundamente, pero sin soñar!... ¡Y ustedes aquí, á mi lado, protegiéndome, porque tengo miedo! ¡Y todo sueño es infame y traidor: oscurece el pensamiento, mata la voluntad, anuda cordeles de sombra á la garganta! ¡Ven, Paulina; ven: abrázame, bésame, maltrátame, destrenza mis cabellos, golpea mi cuerpo!... ¡Despertar, despertar!... ¡quiero despertar!... (Se pone en pie con muestras de desesperación.)

ANS. ¡Por Dios santo, Ángela, ten un poco de juicio! comprendo tu pena: perder á un ser querido es muy dolo-

roso! ¡pero no se trata al fin y al cabo, ni de una madre, ni de un hijo, ni de un esposo!...

ANGELA. ¡Mi esposo!... ¡mi Gonzalo!... ¡Ay, Dios mío, Dios mio!. . (Cae llorando en el sofá.)

CARL. Ya rompió á llorar: con ese desahogo pasará la crísis.

LEAND. Indudablemente.

LUIS. El cielo y las mujeres se desahogan llorando.

ANS. Ahora debemos retirarnos: Paulina hará el favor de quedarse con ella: y yo volveré más tarde á ver como sigue.

PAUL. Ya lo creo, que me quedaré.

LUIS. Pues entonces, hasta mañana. Y sin despedirnos de ella: sería molestarla.

LEAND. Estas crísis no hay que interrumpirlas: que sigan su curso. ¡Yo tengo gran experiencia! Á mi difunta... antes de que lo fuese... la dejaba yo horas enteras llorando. Desahógate, hijita; desahógate, le decía.... y me marchaba: un día no se pudo desahogar bastante... ¡y la encontré muerta!... ¡pobre Asunción!

CARL. Adios, Paulina.

ANS. Adios, querida Ángela. ¡Han visto ustedes! ¡qué criatura tan sensible! Ya lo sabía yo... pero nunca, nunca la he visto de este modo. (Saliendo todos juntos.)

LEAND. Hay días...

LUIS. Diga usted, ¡que hay noches!...

CARL. ¡Y sobre todo, hay penas!...

ANS. ¡Y ese diablo de Gonzalo! ¡Ó viene mañana mismo ó le pongo un telegrama!

CARL. Los maridos no deben separarse de sus mujeres nunca.

LUIS. ¡Nunca!

ANS. ¡Á no ser por caso de fuerza mayor!

ESCENA VI.

ÁNGELA y PAULINA.

PAUL. Ya estamos solas. Ángela, querida mía, ¿quieres que hablemos?

ANGZLA. No.

PAUL. Pues yo quiero y vas á decirme la verdad.

ANGELA. ¡La verdad! ¿pero tú crees que en este mundo puede decirse la verdad? ¡Si todos dijésemos la verdad, estallarían los corazones de dolor ó de desprecio! ¡Si todos dijésemos la verdad, Gonzalo tendría que decirme que su amor era una mentira! ¡que soy su esposa y me martiriza y me afrenta!

PAUL. ¡Á tí!... ¡imposible!

ANGELA. No es imposible, no lo es. Para saber la verdad salí esta noche...

PAUL. ¿Y ya la sabes?

ANGELA. Sí. ¡Me ha costado... no sabe él todo lo que me cuesta!... pero la sé.

PAUL. ¿Y qué sabes?

ANGELA. ¡Que me mata á traición! ¡que me afrenta, como se afrenta á un hombre abofeteándole el rostro! ¡porque el beso que da á otra mujer lo siento yo como hierro enrojecido sobre los lábios; como mordedura de víbora en el corazón;. como chasquido de látigo que me cruzase la faz! Si él fuese á decir la verdad.... ¡ahí tienes lo que tendría que decirme!... Y yo, en cambio...

PAUL. ¿Qué le dirías?

ANGELA. ¿No te he dicho que no puede decirse la verdad nunca? pues cómo quieres que te la diga ahora?

PAUL. Pues yo la diré por tí. La enfermedad de tu amiga, fué un pretexto.

ANGELA. Lo fué.

PAUL. Y estabas celosa.

ANGELA. Lo estaba.

PAUL. Y la carta que recibiste...

ANGELA. Era una carta en que me avisaban que mi marido no había salido de Madrid; que esta noche á las diez podía verle entrar en casa de Julia...

PAUL. ¿Y quién te escribió esa carta?

ANGELA. Un amigo... no, un miserable, un villano, el ser más abyecto... ¡ah! ¡ser mujer! ¡ser débil! ¡ser cobarde!

PAUL. ¿Es que te engañó?

ANGELA. No: ¿no te he dicho que no? ¡Le ví entrar en casa de esa mujer! ¡á Gonzalo! ¡á mi Gonzalo!... ¡no, á ese Gonzalo!... ¡ya no es mío: ya es suyo!... ¡Ya nada es mío! ¡todo me inspira repugnancia, Gonzalo, y Enrique, y yo, y aquella casa!... ¡Ah! ¡si mi madre viviese! ¡poder abrazarme á algo que no manchase!...

PAUL. ¿Le espiaste con Enrique?

ANGELA. Sí.

PAUL. ¿Desde una casa?

ANGELA. Sí. Una casa que está enfrente de la de Julia: un cuarto bajo. ¡La sala oscura; la ventana de par en par; yo, delirante, loca, calenturienta... agarrándome con las manos crispadas á los hierros de la reja, como la araña se agarra á los hilos de su tela maldita, esperando la presa; y Enrique en la sombra, detrás de mí, diciéndome al oído: «ya falta muy poco; espere usted: Ángela, espere usted: ya vendrá;» y la lluvia cayendo, y los charcos brillando, y el portal de enfrente lleno de luz, y los hierros de la verja clavándoseme en el rostro como si quisieran marcarme para siempre con marca de infamia!

PAUL. ¿Y llegó Gonzalo?

ANGELA. Sí; llegó: le ví, era él, dí un grito, me desplomé sin sentido. ¡Enrique me recogió en sus brazos... si no, hubiese caido en tierra!

PAUL. ¡Díme toda la verdad! ¡toda la verdad, Ángela!

ANGELA. ¿Qué quieres que te diga? ¿quieres que te ódie por saberla, como me ódio á mí, por saberla también?

PAUL. ¿Odiarme tú, Ángela? ¡pero yo ningún daño te hice ¡soy inocente de tus desdichas!

ANGELA. ¿Acaso soy yo culpable? (Levantándose con fiereza.)

ESCENA VII.

ÁNGELA, PAULINA, BERNARDO y ENRIQUE.

BERN. Don Enrique de Monteverde.

ANGELA. ¡Ah... ¡él! .. Paulina!... (Abrazándose á ella.)

PAUL. ¡Ángela! (Enrique entra. Bernardo se retira.)

ENRIQUE. Dispensen ustedes... perdone usted, Ángela.. pasaba.. casualmente cuando salía don Anselmo... y me dijo que se sentía usted indispuesta. Dudé mucho... pero me decidí al cabo... y vengo á informarme... con la ansiedad natural...

ANGELA. ¿De como estoy?... Bien, muy bien.. Y si ese era el objeto de su visita...

ENRIQUE. Ese no más... y me retiro...

ANGELA. ¿Ese no más?... La última vez que nos vimos... me anunció usted un viaje... un viaje muy largo... de muchos años... que pensaba usted ir á América... que ya nunca nos veríamos... recuerdo todo esto de un modo vago...

ENRIQUE. Cierto, señora... todo eso le dije á usted... He dudado mucho, pero hay deberes que se imponen, por muy dolorosos que sean; y aunque lucho todavía conmigo mismo... porque perder para siempre, cuanto en la vida se ama, es tristísimo... creo que al fin cumpliré mi palabra.

PAUL. Si ha empeñado usted su palabra... será preciso que la cumpla.

ENRIQUE. Eso creo.

ANGELA. No basta creer... es preciso cumplirla.

ENRIQUE. ¡Y la cumpliré. Adios, Ángela... (Tendiéndole la mano que Ángela no acepta.)

ANGELA. Adios.

PAUL. Alguien ha llegado... (Acercándose al fondo.)

ANGELA. ¿Quién?

PAUL. ¡Tu esposo!

ANGELA. ¡Gonzalo!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

PAUL. Sí, él, él es.

ESCENA VIII.

ÁNGELA, PAULINA, ENRIQUE y GONZALO.

GONZ. ¡Ángela!... ¡Ángela mía!...

ANGELA. (Rechazándole.) ¡No!... ¡No!... espera, ¿no ves quién está? Saluda á Paulina... ¡Saluda... es Enrique! (Con cierta dolorosa ironía.)

GONZ. ¡Ah! ¡perdone usted, Paulina! (Dándole la mano.) Venía ciego...

ANGELA. ¡Es verdad!

GONZ. ¡Mi querido Enrique!... ¡Vengan los brazos!

ANGELA. (Ap. á Paulina.) (¡Miserables!... ¿Hay algo mas miserable que el hombre, Paulina?... ¡Debian ahogarse... y se abrazan!... ¡Ah, la miseria humana!

ENRIQUE. ¡Lo digo de veras! (Á Gonzalo.)

GONZ. ¡Qué desatino! (Á Enrique.)

ANGELA. (Ap.) (Es preciso que yo se lo diga todo á Gonzalo! ¡Que sufra como yo sufro! ¡para el ódio como para el amor hace falta compañía!)

GONZ. ¿Pero no es una broma?

ENRIQUE. No lo es.

GONZ. ¡Pues si no es broma, es locura! ¡huir de España: de los amigos: de la familia!

ENRIQUE. Para siempre: es cosa resuelta.

GONZ. Yo te haré desistir... ¡corre de mi cuenta!

ANGELA. (Ap á Paulina.) (¿No le oyes? ¡Traidor y además imbécil!)

ENRIQUE. Ha de ser mañana.

GONZ. (Riendo.) ¿Mañana? corriente. ¿Irás por el pronto á París?

ENRIQUE. Punto de partida obligado para todos los rumbos del horizonte.

GONZ. Pues allá vamos también Ángela y yo.

ANGELA. (Ap. á Paulina.) (¿Qué dice, Paulina?)

PAUL. (Ap. á Ángela.) (¡Qué idea!)

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZ. ¡Ni más, ni menos! El mismo proyecto traía yo... por razones... por ciertas razones... que luego diré á mi querida Ángela. ¿Tu partida era algo así... como una fuga? ¡pues una fuga pensaba yo que fuese nuestro viaje! conque nos fugamos juntos.

ENRIQUE. ¡Imposible!

GONZ. ¡Imposible! ¡Ya verás si es imposible! No has visto nunca cuando tengo una idea ¿cómo se aferra en mi formidable entrecejo? ¡La idea fija, la obstinación, la terquedad, acaso la locura! ¡todo eso está escrito aquí con apiñadas líneas vigorosas! (Riendo.)

PAUL. (Ap.) (¡Qué hombre!)

ANGELA. Bien dices, Gonzalo: no es terquedad... es locura.

GONZ. ¡Si yo soy medio loco! y tú tienes la culpa... ¡ya lo sabes!

ENRIQUE. No, Gonzalo; no.

GONZ. ¡Que no! ¡ya lo verás! Por terco, por loco... por todo lo que querais, os digo que saldremos mañana los tres... en departamento reservado... ¡y á viajar!... Francia... Alemania... Italia... las ruinas de Pompeya... y Roma... ¡á Roma por todo! ¿No te basta?... ¿te apetece America? ¡pues á la tierra americana!... siempre los tres: ¡la esposa divina, el esposo amante y el amigo leal!... ¡Y qué viaje!... ¡en un soberbio vapor!... ¡el cielo azul!... ¡la mar verdosa!... ¡el humo negro!... ¡la estela blanca!

ANGELA. ¡Ah!... ¡calla!... ¡calla!

PAUL. Ángela ¿qué tienes?

GONZ. ¡Que yo pinto tan bien las cosas, que ya siente los efectos del mareo!

ANGELA. Sí... eso es... y el asco del mareo también.

GONZ. ¡Ah! ¡mi pobre Ángela!

ENRIQUE. Oye; Gonzalo...

GONZ. Te digo que no oigo nada. Mira: ¡aquí está la idea! ¡conque buenas noches! ¡Ahora te vas! ¡Tengo que explicarle á mi mujer por qué nos fugamos de Madrid! Adios, querido.

PAUL. Entonces... yo también...

GONZ. Como usted quiera...
PAUL. ¡Adios, Ángela; adios!
GONZ. Si acompañases á Paulina... abajo teneis el coche. (Á Enrique.)
ENRIQUE. ¿No quieres escucharme?
GONZ. No: ni una palabra. Adios, Enrique. (Al ver que insiste.) ¡Ay¡ ¡Dios mío!... ¡qué plomo! ¡Respeto al viajero fatigado! ¿No sabeis que vuelvo de un viaje? Adios, Paulina: siempre admirándola y queriéndola.
PAUL. Adios, Gonzalo. (Se dan la mano.)
ENRIQUE. Adios. Yo haré... ¡quién lo sabe!
GONZ. ¡Gracias al cielo! ¡Qué trabajo cuesta echar la gente de casa! (Toca un timbre.)

ESCENA IX.

ÁNGELA, GONZALO y un momento dos criados.

GONZ. ¡Bernardo!... ¡Juan!... (Aparecen los dos.) Llévense ustedes las luces; retírense á descansar; cierren las puertas del hotel... ¡y buenas noches!... ¡Ah! ¡qué pesados!... ¡Al fin! (Cierra las puertas: queda el salón sin más luz que un quinqué.) ¡Ya estamos solos! ¡Nadie nos separa, amor mío!
ANGELA. ¿Nadie?
GONZ. ¡Alguien quiso; pero no pudo! ¡Oye, Ángela mía; quiero que hablemos! ¡quiero pedirte perdón! ¡quiero hacer confesión general y de rodillas, si tú lo exijes!
ANGELA. No te comprendo. (Alejándose de Gonzalo.)
GONZ. ¿Por qué huyes de tu Gonzalo? ¡Ah! ¡el instinto del amor! ¡aunque nada sabes, adivinas que acaso pudieras tener motivo para estar enojada! ¡Pero no lo tienes, no; porque tú lo eres todo para mí: la dicha cerca, la esperanza lejos, mi Ángela siempre: porque la dicha se llama Ángela; y la esperanza, Ángela; y todo lo hermoso se llama Ángela! ¡y los ángeles se llaman ángeles, porque tú te llamas Ángela!

ANGELA. ¡Calla!... ¡calla!... ¡no digas eso!... ¡déjame!

GONZ. ¡No huyas!... ¡dame tu mano y óyeme!

ANGELA. ¡Ay, Vírgen Santísima!

GONZ. ¡Los hombres somos muy malos! ¡créeme: si lo sabré yo, muy malos! Malos por naturaleza; y luego la sociedad, las costumbres, la educación, la mala educación, nos hacén peores. ¡Ya ves tú qué arreglo! El vicio es para nosotros un alarde, una gala: hasta que no somos viciosos, somos niños, y sólo nos consideramos hombres, cuando circula por nuestras venas la primera gota maldita de la corrupción. ¿Qué tal empiezo? ¿puedo ser más franco y más humilde, Ángela mia?

ANGELA. ¡No! ¡dices bien! ¡todo eso es verdad! pero déjame: ¡si tú supieras qué peso tengo en la frente y qué angustia en el corazón!

GONZ. ¡Yo besaré tu frente para refrescarla y oprimiré tu pecho para contener sus latidos!

ANGELA. ¡No!... ¡vete!... ¡vete!

GONZ. ¿Qué tienes?

ANGELA. No lo sé.

GONZ. Yo, sí: el presentimiento de que voy á revelarte cosas horribles; pero no lo son tanto.

ANGELA. ¿Y tú, no tienes ningún presentimiento?

GONZ. Sí: el presentimiento de que vas á perdonarme. Si la mujer, y una mujer como tú, no perdonase, sería que Dios no quiso que bajara el perdón á la tierra.

ANGELA. ¡No: yo no quiero perdonar, ni quiero que me perdonen á mí!

GONZ. ¿Á tí? ¡pobre Ángela mía! (Sonriendo.) Pero déjame seguir mi confesión. Antes de que tu amor purificase mi alma, fuí como todos; no tan malo como los demás, yo te lo juro: fuí malo casi por vergüenza de ser bueno ¡hace uno tan mal papel si alardea de virtuoso! En fin... tampoco quiero glorificarme... fuí como son los demás; un imbécil que confunde el amor con el placer, un pobre ciego de nacimiento que abre los ojos á la luz,

y desde el fondo de su alcoba cree que la miserable lamparilla del enfermo es toda la luz del espacio... ¡y luego llega el día y ve en lo infinito de lo azul la suprema majestad del sol!... ¡Eh! ¡qué tal! ¿no está bien dicho? ¿quién será ese cielo? ¿quién será ese sol? (Sonriendo y acariciándola.)

ANGELA. ¡Basta! basta, ¡Gonzalo! (Quiere levantarse: Gonzalo la contiene.)

GONZ. Escúchame, Ángela, y perdóname. No sé como decirte lo que tengo que decirte... pero la lealtad, el amor, la dicha de toda nuestra vida, que ahora empieza... me obligan á ello.

ANGELA. ¿La lealtad y el amor obligan á decir la verdad?

GONZ. Sí; siempre ¿quién puede dudarlo?

ANGELA. Pues habla, que también hablaré yo; que también soy leal y también tengo amor.

GONZ. Ángela, amor mío, mujer profanada por la mezquindad de mi ser; pero profanada antes de conocida, no después: ¡te lo juro!...

ANGELA. ¡Ah! ¿qué dices?

GONZ. Mira... yo amé... creí amar á otra mujer...

ANGELA. ¿Á Julia?

GONZ. ¿Qué? ¡lo sabías!

ANGELA. Sí: lo supe: lo sé.

GONZ. ¡Pero ya no la amo! ¡la ódio!

ANGELA. ¡Pero yo no he amado á nadie! ¡ni antes ni después!

GONZ. También lo sé. ¡Amar tú! ¡pobre de tí! ¡Para mí reclamo el perdón, pero yo no te lo daría! ¡Cuando el hombre peca y se arrepiente, el perdón es justo, es de ley Divina: es un pecador arrepentido, no más! ¡Cuando el ángel peca se convierte en algo infernal! ¡El Gólgota redimió al hombre; á Luzbel, no!

ANGELA. De modo que para mí no habría ni redención, ni perdón tampoco!

GONZ. ¡No! ¡eso no! ¡mis brazos para ahogarte! ¡el infierno para recibirte! ¡Pero pobre Ángela mía! ¡qué cosas dices! ¡Déjame acabar! ¡Desde que me uní á tí para

siempre, Julia me persigue, me hostiga, me amenaza!

ANGELA. ¡Acaba!

GONZ. Hace dos dias llegó al paroxismo del furor y de los celos! Me juró que vendría á decírtelo todo, á destruir nuestra felicidad para siempre, si esta misma noche no iba á verla.

ANGELA. ¡Acaba, Gonzalo, acaba!

GONZ. ¡Y tuve miedo! ¡no por ella; por tí! ¡no podía resistir tu mirada, ni tus caricias... parecíame que te profanaba... no osaba acercarme á tí hasta no borrar ese rastro maldito de mi locura... y fingí un viaje... y salí de esta casa... y dudé mucho... y luché más... y encendí todas mis iras con el fuego de nuestro cariño... ¡y fuí allá hace una hora!

ANGELA. ¡Gonzalo! ¿qué dices? ¡qué me estás diciendo!... ¡Ay, Dios mío!.. ¡Dios mío!

GONZ. ¡Lo comprendo! ¡comprendo tu enojo... tu desesperación... que me rechaces... que me maldigas... comprendería que me dieses muerte! ¡Así quiero que me ames! ¡así te amo yo! ¡Pero si hubieses podido verme hace poco!

ANGELA. ¡Hace poco!...

GONZ. ¡Sí me hubieses oído ¡fuí descortés, brutal! ¡llegué á ser infame con aquella mujer! ¡y por tí todo! ¡Le dije que una lágrima tuya valía más para mí que todos los dolores de todos los séres capaces de sufrir! ¡Estas manos que ahora te acarician, como tenazas torturaron sus brazos!... ¡Fuí todo lo cruel y todo lo egoista que el verdadero amor exije!

ANGELA. ¡No!... ¡no por Dios, Gonzalo!... ¡Eso sería horrible!... ¡Engáñame!... ¡afréntame!... ¡maltrátame como á ella! ¡Pero no me quieras tanto, no!... ¡Mira que mi corazón va á estallar si es verdadero tu amor!

GONZ. ¿No me crees? ¡ya lo sabía yo: ya sabía que ibas á decirme todo eso! ¡Pero yo te daré pruebas! ¡mañana mismo salimos de Madrid! ¡lejos, lejos de esa mujer! ¡Nosotros á Francia, á Italia, al Nuevo Mundo! ¡á don-

de tu quieras! y quédese aquí Julia como lo que pasó para siempre, como sombra que se desvanece, como recuerdo que se borra, como algo que se hunde en la nada.

ANGELA. ¡Ah! ¡miserable de mí, que no es culpable... y soy maldita! (Esto último casi en voz baja.)

GONZ. ¡No! ¡calla! ¡no digas esas cosas!... ¡ven á mis brazos!

ANGELA. ¡Gonzalo!... ¡mi Gonzalo!... ¡Ven! (Tendiéndole los brazos.) ¡No! (Rechazándole.) ¡Dios mío!... ¡Dios mío! (Cae sin sentido en el sofá.)

GONZ. ¡Ángela!... ¡Ángela!... ¡socorro!... ¡aquí!... ¡pronto!... ¡No!... ¡esto no será nada!... ¡esto pasará!... ¡si, pasará!... ¡Porque si yo perdiese á mi Ángela!... ¡ah! ¡entonces... ¡ó á mi corazón la muerte... ó á mi cerebro la locura!... (Queda Ángela desmayada en el sofá y Gonzalo acariciándola y atendiéndola para que vuelva en sí.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA.

D. LEANDRO, CARLOTA.

Carlota escuchando á la puerta de la derecha, segundo término. D. Leandro sentado junto á la mesa.

LEAND. ¿Se oye algo?

CARL. No: en este momento, nada: todo en calma.

LEAND. ¿No se queja Gonzalo?

CARL. Desde que llegaron, no le he oído quejarse ni una vez. Cuando le ví, estaba muy pálido: la vista extraviada, una sonrisa que daba miedo, de pronto miraba á su alrededor como si buscase algo; pero ni una queja.

LEAND. ¿Y Ángela? (Preguntando con misterio.)

CARL. Como usted la vió: ¡llorando: una Magdalena!

LEAND. ¡Á buen tiempo! ¡si hubiese tenido más juicio!... ¡Una Magdalena! ¡Lo que la sociedad necesita no son Magdalenas... sino mujeres honradas!... Diga usted que la

honradez es prosáica, y el arrepentimiento poético. El mundo está perdido, Carlota, está perdido.

CARL. Tiene usted razón, don Leandro. ¡Qué desgracia!

LEAND. Y seguirán; si, señora, seguirán. Estos dramas de la existencia son como los del teatro... adelante y adelante... hasta que llega la catástrofe.

CARL. ¿Qué catástrofe mayor que la que ya tenemos? ¡Ángela... ya usted ve! ¡pues Gonzalo... no hay que decir! ¡pues don Anselmo... ya hemos de ver lo que hace!

LEAND. Vendrán catástrofes mayores, no le quede á usted duda. ¿Hasta ahora ha muerto alguien? No. Pues hasta que se mueran todos no llegaremos al fin. En el convencionalismo del arte, el autor se contenta con matar uno ó dos personajes; en la realidad, no escapa uno. ¡Oh, yo tengo mucha experiencia! Los autores son tímidos, la tragedia humana es mas valerosa, en todos sus actos la decoración final representa un cementerio. Me parece que la observación es nueva.

CARL. ¡Calle usted, don Leandro, calle usted por Dios, que bastante tenemos con estos disgustos!

ESCENA II.

CARLOTA, D. LEANDRO, PAULINA y LUIS, por el fondo.

PAUL. ¡Carlota!...

CARL. ¡Querida mía!...

PAUL. ¿Pero es cierto?

CARL. Por desgracia lo es.

PAUL. ¿Pero cómo ha sido?... ¡yo lo supe ahora mismo, y dije... allá, allá!... ¡Pobre Gonzalo! ¡Pobre Ángela!.. ¡Vengo aturdida!... ¡qué funesta casualidad!

LUIS. ¡Como usted lo está oyendo... venimos aturdidos!

LEAND. ¡Aturdidos lo estamos todos!...

LUIS. Yo... á decir la verdad, no tanto. Algo esperaba.

CARL. ¿Pero cómo había usted de esperar lo que sucede? Será usted adivino.

LUIS. Lo que sucede, precisamente... no; pero algo así... era inevitable.

LEAND. ¡Inevitable! sólo que á veces la casualidad sustituye á la lógica: la forma es distinta; el fondo es idéntico.

PAUL. Déjese usted de adivinaciones y de lógicas, y cuéntanos cuanto sepas. (*Á Carlota.*) Cómo fué... cómo llegó Gonzalo... cómo está Ángela... en fin, todo lo que ocurre en esta casa.

CARL. Hija, yo te diré lo que he podido averiguar. Anoche salieron en el tren de Francia, Ángela, Gonzalo y Enrique.

LUIS. ¡Los tres! ¡Es inaudito!

LEAND. ¡Es inconcebible! ¡Después del escándalo! cuando todo el mundo está... ¡cómo esta todo el mundo en estas ocasiones!

CARL. Gonzalo nada sabía, no le dieron tiempo para enterarse. (*Con ironía.*) Veinte y cuatro horas más... y yo creo que hubiese suspendido el viaje.

PAUL. ¡Lo de siempre! ¡la marea social que sube, pero que tarda cierto tiempo en subir: primero su oleaje golpea el pecho, luego salpica los lábios, poco después se desliza en los oídos, al fin una ola mayor cubre la cabeza y allá se queda en el fondo el infeliz anegado, y la marea vencedora sigue creciendo; ¡pobre Ángela!

LEAND. ¡Pobre Ángela! ¿Pues porqué no se opuso á ese viaje absurdo y ridículo?

PAUL. ¡No conoce usted á Gonzalo! Bueno, noble, generoso, como nadie, pero terco hasta lo inconcebible.

CARL. Es verdad: mi marido dice, que en aquel cerebro hay un remolino de locura, y en su familia hay precedentes.

LEAND. Dios nos libre de esos remolinos.

LUIS. No tema usted, don Leandro: usted está libre de esas contingencias patológicas.

LEAND. Así lo creo. De todas maneras lo que me espanta es la osadía... la poca aprensión... el descaro, porque hay que dar su nombre á las cosas: el descaro de Enrique.

LUIS. Quien tuvo osadía para lo mas ¿ha de tener escrúpulos para lo menos? Si el propio marido se empeñaba... él ¿qué había de hacer? Le brindan el panal, á la miel acerca los lábios.

PAUL. ¡Ay, Dios mio, qué discusiones! ¿acabarás de contarnos el suceso?

CARL. ¡Pues anoche se fueron: y esta mañana preparábase mi marido para salir, cuando llegaron á buscarle con mucha prisa. Que los señores habian vuelto! ¡que Gonzalo venía muy malo! ¡que al subir ó al bajar del tren había recibido un golpe terrible! ¡que habían tomado el primer tren ascedente! ¡que la señora estaba desesperada! ¡y don Anselmo desesperado! ¡y desesperado Enrique! ¿qué sé yo? ¡una confusión de palabras! ¡Pasó en seguida mi marido... y á poco vine yo... y aquí estamos todos!

PAUL. ¿Pero cómo ha ocurrido el accidente?

CARL. Con pormenores no he podido saberlo; porque la familia no está para interrogatorios.

LEAND. ¡Una imprudencia de Gonzalo! ¡y las imprudencias se pagan! ¡Un pobre homdre que no tiene aplomo; y él, cuanto le rodea... ¿qué ha de suceder? ¡á tierra!

LUIS. ¿Qué sé yo? ¡la historia que nos ha referido Carlota, es inverosímil!

CARL. Pues díganos usted su opinión.

LUIS. No: yo no tengo opinión: nada sé: pero veo ante mí muchos dramas posibles.

LEAND. Por ejemplo.

LUIS. Por ejemplo... ¡un desafio entre Gonzalo y Enrique!

CARL. No, señor: no. De eso ya me he enterado yo: porque también se me ocurrió la misma idea.

LUIS. Y á todo el mundo: es lo que corre por Madrid.

CARL. Pues no hay tal cosa. Dice mi marido que no tiene Gonzalo herida alguna: de arma noble ni de hierro, ni de plomo.

LUIS. ¿De modo que ha sido *golpe*: verdadero *golpe*?

CARL. Si, señor.

LEAND. ¡Entonces pudo ser una lucha en el tren!

LUIS. ¡Claro que pudo ser!

LEAND. ¡Ángela desmayada!... ¡los dos hombres forcejeando en mortal abrazo!... ¡una tragedia en un reservado arrastrada por una locomotora á cincuenta kilometros por hora! ¿qué tal?

LUIS. ¡Admirable, don Leandro!... ¡eso es mucho más dramático que el desafio!

PAUL. ¿Qué disparates están ustedes inventando?...

CARL. ¡No tanto Paulina! ¿Quién sabe?

LEAND. Será disparate... pero la invención no es mía.

LUIS. ¡Lo suponemos: es usted demasiado formal!...

LEAND. ¡Lo he oído!... ¡si, señora, lo he oído!

PAUL. ¡El genio de la invención es fecundo!

LEAND. Y agregaron que esta versión era más natural: más propia de los adelantos de la época. Antes, los crímenes se realizaban en tal punto del espacio y en tal instante de tiempo: eran crímenes estáticos. Ahora el elemento dinámico es de rigor: la criminalidad en movimiento será la última palabra del arte criminal: y habrá crímenes omnibus, crímenes mixtos, y crímenes expres, devorando el espacio á todo vapor. No se hablará del crímen sencillo, sino de la línea críminal con sus rasantes, sus pendientes y sus curvas; y el código tendrá muy en cuenta el rádio de la curva, porque es claro, que cuanto más torcida es la conducta de un reo, mayor debe ser la pena.

LUIS. ¿Y eso tampoco lo ha inventado usted?

LEAND. Tampoco: lo he oído; pero no me pareció mal.

PAUL. ¡Perfectamente! una mujer se muere de pena, un hombre se morirá acaso de desesperación, una familia se hunde en la desgracia... y esos desocupados, cuyas ingeniosas invenciones ustedes recogen, hacen de la tragedia de Ángela y Gonzalo, materia sabrosa de entretenimientos ligeros, chistes insulsos, y extravagancias ridículas... ¡bien por la simpatía, la caridad y la nobleza de las almas honradas!

LEAND. ¡Por Dios, Paulina, yo no hice más que repetir como un eco!...

PAUL. ¡Ya lo sé, señor de Oca! pero ahora no repita usted nada, porque creo que viene don Anselmo.

CARL. Con mi marido: él nos completará la historia.

PAUL. Y procuren ustedes poner la cara triste.

LEAND. ¡Oh! tristes... lo estamos seguramente.

ESCENA III.

CARLOTA, PAULINA, D. LEANDRO, LUIS, D. ANSELMO y D. MATÍAS.

Los dos últimos por la derecha, segundo término.

MATIAS. (Á D. Anselmo.) Por ahora no hay más que hacer: mucho reposo: no contrariarle en nada: si se empeñara en levantarse y en andar por la casa... dejarle... dejarle... y yo volveré dentro de tres ó cuatro horas. Conque don Anselmo... (Despidiéndose.)

ANS. Perdone usted, amigo mío... (Deteniéndole.) quisiera que hablásemos. Dispense usted, Paulina... dispense usted, Luis... no les había visto... ¡Llevo una niebla en los ojos... no veo nada!

LUIS. No se preocupe usted por nosotros. Hemos sabido la ocurrencia... y hemos venido, como es natural, á ofrecernos, tanto mi hermana como yo... incondicionalmente.

LEAND. ¡Lo que yo dije... incondicionalmente!... Tanto yo... como... en fin: yo mismo.

ANS. Muchas gracias, amigos míos: muchas gracias. Si quieren ustedes ver á la pobre Ángela... en el gabinete está... y se alegrará mucho... (Á Paulina y Carlota.)

PAUL. ¿Si no incomodamos?

ANS. De ningún modo. ¡Amigos como ustedes!... si de ustedes no recibimos consuelo en estas circunstancias, ¿de quién?

PAUL. Pues entonces... (Á Carlota.) ¿vamos allá?

CARL. Sí, vamos.

PAUL. ¡Hasta luego, don Anselmo!

CARL. Adios.

ANS. Adios, hijas mías.

PAUL. ¡Pobre Ángela! (Salen por la derecha, primer término.)

LUIS. Pues yo... con el permiso de usted... y reiterando mis ofrecimientos... (Dándole la mano.)

ANS. Los agradezco de veras.

LUIS. Ya volveré más tarde.

ANS. Adios, Luis. (Sale Luis.)

LEAND. Y yo con tu permiso... y reiterando...

ANS. No: tengo que hablar contigo: haz el favor de esperar unos instantes.

ESCENA IV.

D. ANSELMO, D. MATÍAS y D. LEANDRO.

LEAND. Estoy siempre á tu disposición: si los amigos no sirven para estos casos, ¿para qué sirven? Puedes creerme...

ANS. Ya lo sé, querido Leandro. Siéntese usted, señor don Matías; siéntese usted. (Se sientan los dos en el sofá.) Perdone usted, si le molesto con preguntas, amigo mío; pero usted sabe lo que yo quiero á mi Gonzalo: usted ve... ¡cómo le veo! ¡y usted adivinará lo que estoy sufriendo!

MATIAS. Lo adivino, mi buen amigo.

LEAND. Lo adivinamos todos.

ANS. ¡Sufro mucho!... por estas y por otras razones... ¡sufro mucho! ¡y necesito de toda mi fuerza de voluntad!... En fin, todo sea por Dios y Él me dé paciencia y fortaleza. Vamos á ver, amigo mío: la verdad; que yo soy un hombre que sabe resistir las malas noticias: ¿peligra... peligra... peligra la vida de mi Gonzalo?

MATIAS. No, señor. Esté usted tranquilo: su vida... lo que es su vida... su vida... no peligra. Yo se lo aseguro á usted, á fé de hombre honrado y de amigo leal.

ANS. (Mirándole fijamente.) ¡Ah!... dice usted que no peligra la vida de mi Gonzalo... y su acento de usted es triste; y separa usted de mí la vista! ¡No disimule usted, no finja! ¿No sabe usted, que el cariño de un padre es más sutil que toda la penetración de los doctores, y más sábio que toda su ciencia? Ustedes escuchan ruidos cavernosos en el pecho del enfermo; cuentan pulsaciones más ó menos rápidas; miden grados de calor con precisión suma; sí, señor. Ponen ustedes en comunición su inteligencia con la materia dolorida y abrasada del ser que sufre... bueno, claro, saben ustedes mucho, no lo niego; pero nosotros, los padres ¡sabemos más! ¡Sin escuchar, oimos: por los latidos de nuestro propio corazón contamos los del hijo amado: arde en nosotros la calentura que abrasa aquella carne de nuestra carne: ponemos en comunicación nuestra alma con la suya: y cuando se nos empañan los ojos es que la muerte proyecta su sombra sobre el hijo y sobre el padre, que son la misma existencia, y se apagan con la misma agonía!

MATIAS. ¡Por Dios, don Anselmo!

LEAND. ¡Pero qué hombre este!

ANS. ¡Si no me engañan ustedes! si yo oígo una voz que me dice: «¡Gonzalo ha sido hasta hoy tuyo: ya es mío!» Y esa voz yo la conozco: la oí cuando murieron mis padres, cuando murió mi hija, siempre que perdí algún ser querido: ¡oh! ¡el timbre de esa voz me hiela la sangre y levanta tempestades de desesperación aquí dentro!

MATIAS. ¡Pero qué locuras son las de usted, amigo don Anselmo!

LEAND. ¿Pues no te dice nuestro ilustre doctor, que responde de la vida de Gonzalo?

ANS. De su vida... de su vida material, sí.

LEAND. ¿Y qué?

ANS. ¿Responde usted también de su razón? (En voz baja y con angustia.)

MATIAS. ¡Amigo mío!...

ANS. ¡Ah! ¡ya no contesta usted!

MATIAS. Pues hablemos con más calma. Gonzalo ha sufrido un golpe violentísimo, según parece: una conmoción cerebral: hay congestión... hace unas cuantas horas que ocurrió el accidente... ¿y ya quiere usted que esté bueno?

ANS. No, señor. ¡Quisiera que estuviese peor! ¡quisiera que le abrasase la fiebre; que delirase: quisiera todo eso! ¡Y mi angustia sería muy grande; pero lucharíamos: usted, con su conciencia; yo, con mi amor; y con la ayuda de Dios saldríamos adelante, que él es joven, vigoroso, y mi Gonzalo no ha de morirse por tan poco!

LEAND. ¿Entónces?

ANS. Pero mi hijo no tiene fiebre.

MATIAS. No, señor.

ANS. Gonzalo está tranquilo.

MATIAS. Es verdad.

ANS. ¡Á veces sonrie!

MATIAS. Lo he observado.

ANS. ¡Pero qué sonrisa! y sobre todo, ¿por qué sonrie, si no hay motivo?

MATIAS. Son sintomas nerviosos.

ANS. Habla casi juiciosamente... ¡pero con una vaguedad... con unas ideas tan extrañas... con una malicia tan sin razón! ¡Y sobre todo, aquella mirada!... ¡Yo no quiero que me mire así! ¡Por Dios santo, borre usted aquellos resplandores de sus ojos! ¡Mi Gonzalo no está en ellos!... ¡es otro Gonzalo!... ¡es otro ser distinto del que yo conozco, del que yo amo!... ¡Y yo quiero el mío! ¡el de siempre!... ¡el que estuvo en mis rodillas cuando niño! ¡el que creció y estuvo en mis brazos!... ¡el que fué hombre y está en mi corazón! ¡Si conoceré yo á mi Gonzalo!... ¡pues ese quiero!... ¡ese!... ¡ese!... ¡no el que se asoma á las extraviadas pupilas con relámpagos de locura!... (Se oculta el rostro entre las manos y solloza.)

MATIAS. ¡Cálmese usted, por Dios santo!

ANS. ¡Ah! ¡si yo supiera quién me ha robado mi hijo y quién me ha puesto ese otro ser!

LEAND. ¡Qué exageraciones!

ANS. ¡No son exageraciones! ¡desde que le ví, estoy repitiéndome por lo bajo esta frase horrible: mi hijo ha perdido la razón! ¡Niéguelo usted!

MATIAS. Tadavía no puede decirse tanto.

ANS. ¡Ah!... ¡Todavía no!... ¡Luego hay peligro!... ¡luego es posible! ¡posible para un padre quiere decir, es cierto!

MATIAS. Yo no he dicho...

ANS. ¡Usted lo ha dicho! ¡he perdido á mi Gonzalo! ¡Ahí está, ahí está lo que yo temía! ¡Le he perdido: le he perdido más que si estuviera yerto y helado! La muerte es muy triste, es espantosa; pero es noble, sublime casi, ¡porque el mayor misterio es la mayor sublimidad! ¡Entre el silencio del que muere y el llanto del que vive, se cierne invisible la esperanza! (Levantándose con desesperación.) ¡Pero la locura de un ser, á quien yo quería tanto, es la muerte grotesca; es el escarnio de la vida; es la mueca ignoble del payaso al borde de la fosa!

MATIAS. ¡Usted sí que ha perdido la razón!

ANS. ¡El ser que tanto amaba, quedar vivo sólo para el escarnio!... ¡Eso sí que no lo sufro!... ¡Esas cosas no las hace Dios!... ¡alguno aquí abajo tendrá la culpa... y ese... ese... va á encontrarse conmigo!

MATIAS. ¡Quiere usted que hablemos con un poquito de calma!

LEAND. ¿Quieres escucharle?

ANS. Bueno, le escucharé: si tengo más calma de la que ustedes me suponen. Vamos, hable usted.

MATIAS. Pues yo le explicaré á usted el caso.

ANS. Si yo no comprendería sus explicaciones.

MATIAS. Si acudiré á ejemplos vulgares.

ANS. Si yo no quiero que usted me diga más que una cosa: si recobraré á mi Gonzalo: nada más. ¿Y cuándo? ¿Y

cómo? ¿Y de qué manera? ¡ya ve usted qué sencillo!

MATIAS. ¡Pues necesito explicarme; pero si usted no me deja!...

ANS. Bueno: pues diga usted y perdóneme, amigo mío.

MATIAS. Imagine usted, mi querido amigo, y perdone, usted también la comparación, aunque le parezca extraña...

ANS. Si desde que está así mi hijo, todo me parece extraño... todos me parece que estamos dementes.

MATIAS. Es posible.

LEAND. Siga usted, que algo se aprende.

MATIAS. Imagine usted, decía, una estación telegráfica á orillas de un río.

LEAND. ¡Hombre, á dónde hemos saltado!

MATIAS. Llega una avenida extraordinaria: crecen las aguas: la oficina telegráfica se inunda, se anegan los aparatos y queda inutilizado por el pronto, silencioso y muerto para toda circulación de ideas, para toda comunicación humana, aquél centro de vida y de actividad. Pero la crecida baja: queda libre el edificio: los aparatos funcionan y la vida aparece de nuevo.

LEAND. Perfectamente. Aunque á decir verdad, algo averiados habrían quedado los tales aparatos, y no quisiera yo verme en su caso.

MATIAS. (Á Anselmo.) ¿Ha comprendido usted?

ANS. Algo; sí, señor. Pero, ¿qué tiene que hacer todo eso con mi Gonzalo?

MATIAS. Que cada celdilla cerebral es una pequeña estación telegráfica.

LEAND. ¡Demonio! (Echándose mano á la cabeza.)

MATIAS. Que cuando la venida sanguínea ó serosa crece y crece, puede inundarla y la vida intelectual se perturba.

ANS. ¿Pero entonces mi Gonzalo?...

MATIAS. La naturaleza tiene recursos maravillosos, y el organismo humano, mayor resistencia de la que suponemos.

LEAND. Y si los aparatillos telegráficos no han sido destruidos...

MATIAS. Precisamente; si no han sido destruidos, recobran su

actividad.

ANS. Y un hijo á quien yo quiero tanto, ¿ha de estar á merced de esas cosas?

MATIAS. ¡Leyes inexorables!

ANS. ¡Que yo no sufro!

MATIAS. ¡Pobre don Anselmo! Calma... confianza... y ya veremos.

ANS. (Ensimismado.) Sí: veremos.

MATIAS. Conque hasta luego: pronto volveré. Don Leandro...

LEAND. (Se despiden.) Querido doctor...

MATIAS. (¡Ah! ¡el instinto de padre!... ¡todo lo ignora... y lo comprende todo.) (Ap. á D. Leandro. Sale por el fondo.)

ESCENA V.

D. ANSELMO y D. LEANDRO.

LEAND. (Ap.) ¡Nada, que me han proporcionado una soberana jaqueca! ¡Ya siento la cabeza llena de inundaciones! ¡celdillas anegadas! ¡aparatos telegráficos zambullidos en sangre! ¡Jesús, María y José, y qué cosazas inventan estos doctores! ¡No, pues éste no está muy cuerdo! ¡éste tiene también su correspondiente riada en las oficinas cerebrales!) ¡Anselmo! ¡querido Anselmo!... ¿deseabas hablarme?

ANS. ¡Ah! ¿eres tú? sí: quería que hablásemos.

LEAND. ¿No será de la enfermedad de tu hijo? ¡porque te declaro que no entiendo de esas cosas y que me hacen mucho daño!... ¡como os estimo tanto!...

ANS. De mi hijo se trata.

LEAND. ¡Pero, Anselmo!...

ANS. ¿Me oiste hace poco? ¿y crees saberlo todo? ¿penetrar todas mis angustias?

LEAND. Creo que sí.

ANS. Pues te equivocas: son mayores, mucho mayores de lo que imaginas. Esta casa, que hasta ayer, era toda

paz y alegría... honra y dignidad... ¡hoy es miserable ruina!... ¡Allá dentro, Gonzalo que delira! ¡Ángela que llora!... ¡Aquí un hombre á quien á ratos abruma la pena; á quien otras veces enciende la ira! Me crees viejo casi; débil; bonachón... ¡ya verás, ya verás!

LEAND. ¿Pero quién tiene la culpa de esa desgracia?

ANS. Eso es lo que yo quiero saber.

LEAND. No te comprendo. (AP.) (Vaya si le comprendo.)

ANS. Decía yo antes que estaba desesperado, temiendo que la conmoción que ha sufrido mi Gonzalo, perturbase para siempre su inteligencia, ¿no es eso?

LEAND. Eso precisamente.

ANS. Pues mira, acaso el insensato era yo; tal vez lo que debo pedir á Dios de rodillas y vertiendo todas las lágrimas que puedan dar de sí mis ojos, es que mi Gonzalo no recobre la razón jamás.

LEAND. ¿Pero qué nuevo desatino me cuentas?

ANS. Lo que todos cuentan por Madrid. ¿Tú crees que no ha llegado á mis oídos?

LEAND. ¡Por Dios, Anselmo!

ANS. No finjas: tú no sabes fingir. Bien me comprendes. Escucha. Anoche fuí á despedirles á la estación. Los ví partir con tristeza. Mi Gonzalo iba muy alegre; pero Ángela... Ángela no era la de otras veces; y Enrique... llevaba en su rostro una mezcla extraña de dolor profundo y de insensata alegría... ¡algo así como si Satanás pudiera deslizarse á escondidas en el cielo!

LEAND. Conformes: yo siempre he creído que Enrique es una mala persona. De todas maneras, no sé á dónde vas á parar.

ANS. Á contarte lo que oí; porque tú lo habrás oído también y quiero que me digas la verdad.

LEAND. Pero en fin, sepamos...

ANS. Pues ellos se fueron y yo salí de la estación triste y preocupado; y lentamente y á pié empecé á subir hacia el centro de la villa. Marchaban delante unos jóvenes, que habían ido á despedir á no sé qué familia...

y hablaban, y reían, y retazos de su conversación llegaban á mi oído entre risas, chistes, humo de los cigarros y bocanadas de viento.

LEAND. ¿Y qué decían?

ANS. Pues decían: «van juntos... ¡los tres!» y celebraban la ocurrencia con sonoras carcajadas. ¿Por qué me estremeció esta frase? ¡Hay tanta gente en el mundo!... ¡serán otros! y empecé á buscar en mi memoria si había visto en el andén algún grupo de tres viajeros: ninguno, no podía recordar ninguno. siempre se me ponían delante, Gonzalo con su alegria ridícula, Ángela con su palidez, y Enrique con su sonrisa diabólica.

LEAND. Sigue.

ANS. Sí: seguimos todos: ellos delante, yo detrás. Y al cabo hablaron del escándalo que contó Luis; y *aquellos tres* eran los personajes de la historia escandalosa. Me acerqué más... ¡y oí el nombre de Gonzalo!... Pero cortaron la frase unas mujeres que se interpusieron ¡y con qué indiferencia, y qué risueñas! ¡ah! ¡las hubiera ahogado entre mis brazos!... Por fin los alcancé otra vez, pensando con ira: sin duda uno de esos se llama Gonzalo, ¡por qué, por qué ha de llamarse ese hombre como mi hijo! Y les seguí con ánsia infinita: y cruzaron de una á otra acera: ¡y yo crucé tras ellos salpicándome de lodo, mientras los miserables me salpicaban de lodo también la frente! Ya iba á arrojarme sobre ellos y á decirles: «¡quiero oir eso que ustedes cuentan!» cuando el de voz más chillona dijo: «¡Y Ángela es divina!...» ¡y luego no sé qué grosería! ¡Me detuve... lo ví todo claro... luego no ví nada! ¡No me atreví á dar un paso... me parecía que algo habíase derrumbado en torno mío!... una pobre anciana se me acercó pidiéndome limosna con voz lastimera y yo la increpé colérico llamándola ¡infame!... ¡y apreté los puños avanzando sobre ella!... y tuve que huir, ¡porque sentía impulsos de muerte!

LEAND. ¡Válgame Dios!... pero ¿qué remedio? ¡era preciso!

ANS. ¿De modo que tú también lo sabías?

LEAND. Yo no sé nada: sé únicamente lo que se dice.

ANS. ¿Pero lo dice todo el mundo?

LEAND. Todo el mundo, no diré yo; pero una buena parte... no hay para qué negarlo, puesto que tú mismo lo has oído.

ANS. Pues como Enrique debe ser quien mejor lo sepa, le he escrito exigiéndole que venga inmediatamente á esta casa.

LEAND. ¿Estás en tí, Anselmo?

ANS. Estoy en mi honra, Leandro; y por eso me gusta aclarar cuanto la empaña: nieblas y murmuraciones se rasgan echando el cuerpo adelante.

LEAND. Tú sabrás lo que haces.

ANS. Ya lo creo que lo sé.

LEAND. ¡Por decontado que yo no creo nada!

ANS. Tú lo crees todo: y sabes mucho más que yo y me lo vas á contar.

LEAND. ¡Te aseguro que sabemos lo mismo!

ANS. ¡No: me engañas: y en un amigo como tú eso es infame!

LEAND. ¡Por todos los santos de la corte celestial!

ANS. ¡Por todos los diablos, que de aquí no sales, sin que me refieras punto por punto todas las infamias, murmuraciones, verdades ó mentiras que tú y tus amigos habreis recogido por Madrid!

LEAND. ¡Anselmo!... ¡Anselmo!...

ANS. ¡Nada!... ¡nada!... ¡ha de ser!

LEAND. Bueno; pues luego... luego... porque mira... Ángela viene...

ANS. ¿Ángela?

LEAND. Sí.

ESCENA VI.

D. ANSELMO, D. LEANDRO y ÁNGELA por la derecha, segundo término.

ANGELA. ¡Padre!...
ANS. ¿Qué?... ¿Qué me quieres?
ANGELA. Es que Gonzalo...
ANS. ¿Está peor?
ANGELA. No sé. Se arrojó de la cama. Se está vistiendo. Dice que quiere salir... salir á la calle; á ver gente; á respirar; que en esta casa se ahoga... que necesita aire.
ANS. ¡El delirio!
ANGELA. No: no delira: ¡ojalá! Parece tranquilo: habla con dulzura á todos...
ANS. ¿Á tí también?
ANGELA. ¡Más que á nadie!
ANS. ¿Y se acuerda de Enrique?
ANGELA. Lo ignoro... ¿Qué me importa?
ANS. ¿Ese hombre no habrá salido de Madrid?
ANGELA. No lo sé...
ANS. Pues yo no quiero que se aleje... es un buen amigo... y me place tenerle cerca... ¡á mi alcance!... ¿Y á tí?
ANGELA. ¿Á mí?... ¡Yo... no pienso en él: pienso en Gonzalo!... ¡en mi Gonzalo!... ¡en él!... ¡Él!... ¡ya viene!... ¡ya viene, padre mío! (Abrazándose á D. Anselmo.)
ANS. ¿Le tienes miedo?
ANGELA. ¿Yo, miedo? ¿por qué?
LEAND. No extrañe usted la pregunta: como se halla en ese estado... podría tal vez... en un rapto de frenesí...
ANGELA. ¿Qué?
ANS. ¡Ahogarte, Ángela!
ANGELA. ¿Qué importa?

ESCENA VII.

ÁNGELA, D. ANSELMO, D. LEANDRO y GONZALO.

GONZ. (Desde dentro.) (Déjadme!... ¡basta!... ¡nadie me siga!... ¡Déjeme usted, Carlota!... ¡Apártese usted, Paulina!... ¡Quiero ir solo! (Sale con ímpetu por la derecha, segundo término, y cierra de golpe la puerta: viene pálido, el cabello en desorden, en suma, como el actor crea oportuno; pero en traje de calle: todo él descompuesto, aunque no con exceso.) ¡Ah! ¡qué importunos y qué impertinentes!

ANS. ¡Gonzalo!...

GONZ. ¿Quién me llama?... ¡Ah, eres tú, padre mío!... ¡á tí te quiero mucho y te respeto mucho!... ¡dame la mano!.. (La besa.) ¡Así la besaba cuando era niño, ahora no puedo porque se reiría la gente!... ¡la gente se rie de todo! ¡Y no sólo son burlones, sino crueles! ¿pues no querían sujetarme horas y horas, días y días en aquél lecho? ¡Como si estuviese enfermo! ¡Los enfermos no sienten este vigor, que yo siento en mis brazos, que me creo capáz de ahogar entre ellos!... ¿Á quién? ¿Á quién crees tú que podría ahogar? No, no tengas miedo, á tí no. (Á su padre.) Y á tí tampoco, Ángela, tampoco, aunque aquellos me decian con sus ojos «ahógala, ahógala!» (Con voz misteriosa y mirando alrededor.)

ANGELA. ¡Gonzalo! (Se acerca á él y le abraza.)

GONZ. ¡Así me gusta: tienes confianza en mi cariño! ¡bien hecho! eso prueba... eso prueba... lo que yo sé; pero ahora no quiero decirlo, lo diré luego, cuando estemos solos.

ANS. ¿Cómo estás, Gonzalo?

GONZ. Muy bien, y venía... para que hablásemos los dos... y después pensaba salir... tenía forzosamente que salir.

ANS. ¿Á dónde?

GONZ. ¡Qué sé yo!... por ahí, á cualquier parte. ¿No he dicho

que tengo que hablar contigo? ¡pues tengo que hablar con otros muchos, con todos los que encuentre: ahora con un hombre honrado, con un miserable después! ¡porque también habla uno con muchos miserables! acá con un amigo, con un enemigo más allá ¡porque también tengo yo enemigos! ¿no soy feliz? ¿no es ella muy hermosa? ¡pues claro es que tendré enemigos!

ANS. Gonzalo, hijo mío, siéntate aquí, conmigo.

ANGELA. Sí, Gonzalo.

GONZ. ¡No he dicho que no puede ser! ¡quereis vosotros, como esos que están ahí dentro, sujetarme en esta casa ni más ni menos que si fuera un demente!... ¡poco empeñados estaban en tenerme en aquella cama, con su colcha roja y sus colgaduras rojas... para que se me llenasen los ojos de nubes rojizas... y al verte á tí, te viese de color de sangre!... ¡Ya les comprendo!

ANGELA. ¡Con tal que no apartes de mí los ojos, poco importa!

GONZ. Bien dices: ya sabes que yo te defenderé siempre. ¡No la mires así! (*Á su padre.*) la estás mirando como aquellos; ¡como ese que se sonrie! (*Señalando á Leandro.*)

LEAND. No, Gonzalo; no lo crea usted.

GONZ. Si yo no creo nada: si yo no sé nada: por eso quiero hablar con mi padre; para que me lo diga todo. Por eso quiero recorrer, ya que me siento bien, las calles y las plazas, y los teatros; para que me cuenten muchas cosas. Claro es: son tantos, ¡que saben mucho! y con medias palabras, y medias sonrisas, y medias calumnias, iré yo formando... y formando... y completando... y redondeando... y acabando... la infamia entera! ¡Y luego les oía yo decir en voz baja, que no tengo la cabeza firme! (*Se deja caer en el sofá.*) ¡Imbéciles!

ANS. ¡Hijo mío!... ¡mi Gonzalo!... ¡mi alma!...

GONZ. ¡Ah!... sí: ya lo sé: hemos de hablar. Idos vosotros. ¡Idos!... Vete, Ángela: á tí ya te llamaré luego: aho-

ra no puede ser: no puedes oir lo que voy á decirle á mi padre. ¡Y tú también, vete!... (Á Leandro.) Vete: y á tí, no temas, no te llamaré.

LEAND. Bueno, Gonzalo: bueno: ya me retiro. Venga usted, Ángela.

ANGELA. ¡Adios, Gonzalo: y si hay que dar mi vida por la tuya, pídemela! ¡pídamela usted, padre! Él no me comprende, don Anselmo; pero yo le digo á usted, que mi cuerpo, fibra por fibra; que mi sangre, gota por gota; mi corazón con todos sus latidos y mi alma con todas sus ánsias de amor... todo mi sér... todo es suyo! ¡Disponga usted de mí... exíjame usted sacrificios... no he de vacilar... yo se lo juro á usted!...

LEAND. (Llevándola hacia la derecha.) Vamos, Ángela: Gonzalo se impacienta.

ANGELA. ¡Sí: vamos; pero es que no me creen!... ¡y es verdad lo que digo!... ¡y quisiera dar mi vida por la suya!...

LEAND. Perfectamente; pero salgamos. (Llevándola casi á la fuerza.)

ANGELA. ¡Pues que me exija pruebas don Anselmo!... ¡y ya verá... ya verá... si amo de veras á mi Gonzalo!... ¡Ah! ¡mi desdicha!... ¡y mi desesperación! (Salen D. Leandro y Ángela.)

ESCENA VIII.

D. ANSELMO y GONZALO.

GONZ. (Sin moverse ha escuchado á Ángela con sonrisa de alegría.) ¡Creen que yo no la oigo! ¡pues yo lo oigo todo! ¡yo lo comprendo todo!... ¡más que ellos! sólo que á veces me confundo, y veo las cosas á mi manera.

ANS. Ya estamos solos, hijo mío.

GONZ. Ya lo sé. Se asustan cuando me ven enojado y huyen; pero yo no siento esos enojos que aparento: los finjo para que obedezcan: porque todos son cobardes y obedecen cuando se les manda con imperio.

ANS. ¿No querías que hablásemos?

GONZ. Á eso vine.

ANS. ¿Y qué quieres decirme?

GONZ. Consultar unas dudas contigo. ¡Unas dudas que me asaltan! ¡que me acosan! ¡que me desesperan! ¡Dudar es como llevar una corona de espinas por dentro: aquí, bajo la frente: alrededor del pensamiento. ¡Quiere uno arrancarla y no puede: se araña uno, se despedaza uno el cráneo; pero como está protegida por este hueso maldito, nada se consigue! Y ha de estar el alma quieta, inmóvil, sin pensar, porque á muy poco que se agite se le clavan las espinas. ¡Ah! ¡qué tormento intolerable!

ANS. Pues no te agites: no pienses en nada, descansa contra mi pecho, como cuando eras chiquitin: el dolor hace de los hombres, niños: y los niños sólo en los brazos de sus padres encuentran consuelo.

GONZ. Si no es posible que yo esté tranquilo: si desde anoche yo no sé lo que pasa por mí. Dime ¿se puede comprimir el vacío infinito y hacerlo pequeño, muy pequeño, del tamaño de un cráneo y hundirlo en él? ¿Tú crees que eso es posible? ¡Pues eso es lo que siento yo aquí: *un vacio inmenso*!

ANS. No, hijo; si eso no es posible: si es que sufres y tu sufrimiento toma esa forma extraña.

GONZ. ¡Que no es posible! ¡qué poco sabes! mira por ese balcón ¿qué ves? un retazo azul, muy azul de cielo; pero pequeño, muy pequeño: del tamaño del balcón mismo. ¡Pues si fuese de noche verías centenares y centenares de estrellas, mundos inmensos, mil veces mayores que el nuestro, y allá lejos, muy lejos lo infinito! ¡pues todo ese infinito se mete por el hueco de nuestro balcón y aun está holgado! ¡Pobre padre mío y que poco sabes de estas cosas! ¡y decias que era imposible que yo llevase el vacio inmenso dentro de mí! ¡Pues lo llevo y lo siento!... ¡claro es: yo tengo un sentido mas que vosotros: vosotros teneis el sentido de la reali-

dad: yo el sentido de la nada! ¡Esa ventaja os llevo: el que tiene el sentido de la nada no puede dejar de sentir ni después de la muerte; luego es inmortal!

ANS. Por Dios, Gonzalo, desecha esas ideas.

GONZ. Las desecharé si tú quieres: si á mí todo eso nada me importa: sólo me importan... ¡otras cosas!... Digo estas porque me ocurren: desde que recibí anoche aquel golpe que tanto os inquieta... veo lo que antes no veía, todo se ha revuelto dentro de mí, y unas ideas chocan con otras, y brotan chispas extrañas. ¡Pero del golpe no te preocupes: si yo me siento bueno: *perfectamente bueno*, como diría don Leandro!...

ANS. ¡Pues no digas esas palabras, que no comprendo! ¡pues no me mires de ese modo!... ¡vuelve en tí!... ¡vuelve en tí, Gonzalo, Gonzalo, hijo mío!

GONZ. ¡Es que sufro mucho!

ANS. ¡Ya lo sé! ¡y no quiero que sufras!... (Abrazándole.) ¡Yo te infundiré mi vida, aunque me quede sin ella!...

GONZ. ¡No: lo que has de hacer es resolverme esta duda!... ¡ésta!... ¡ésta!

ANS. ¿Cuál, hijo mío?

GONZ. ¿No te la he dicho?

ANS. No.

GONZ. Pues oye, pero que no nos oiga nadie. Lo que anoche ví, ¿fué realidad ó ilusión? ¿estoy cuerdo y deshonrado ó estoy loco y soy feliz? (Con mucho misterio.)

ANS. ¡No: eso no: demente no!

GONZ. ¡Que no estoy demente! (Con ira.)

ANS. Mil y mil y mil veces no!

GONZ. ¡Pues yo digo que sí! (Con desesperación.)

ANS. ¡Mentira!

GONZ. ¡Quien miente eres tú!... ¡Te digo que mientes!... ¡que mientes como todos esos miserables! (Amenazándole furioso.)

ANS. ¡Gonzalo!

GONZ. (Calmándose y acariciando á su padre.) Es decir, tú no mientes, porque tú eres mi padre y yo te quiero mucho. ¡Y

una persona á quien uno quiere mucho ni miente ni engaña! Porque si los que nos aman nos engañasen, ¿qué harían los que nos odian? De modo que tú, que tanto me quieres, no puedes engañarme. Y él que es mi amigo leal, no puede engañarme tampoco. Y ella, que es mi único amor, ¡cómo ha de engañarme! ¡Y si todos sois buenos para mí, y todos decís verdad, sólo han mentido mis ojos; estos cristales impuros, hechos de tierra, y mal cristalizados, y llenos de manchas rojizas y traicioneras! ¡ruines engendros transparentes que yo arrancaré con mis uñas de sus órbitas negras, si en adelante no miran con amor á los séres á quienes yo amo con toda la vehemencia de mi alma y toda la ternura de mi corazón! Y ahí tienes lo que yo decía: si no es verdad lo que ví, es que estoy loco, y soy feliz; porque todos sois buenos y leales, y todos me quereis, y por lo mismo que estoy enfermo, me mimais, y no hay más... lo que yo digo... soy dichoso, muy dichoso, mucho, mucho... padre mío, ¡ay padre mío! (Se abraza á él llorando.)

ANS. Cálmate, cálmate y díme lo que viste anoche.

GONZ. ¿No te lo he dicho?

ANS. No, hijo mío.

GONZ. ¿Pues no estábamos hablando de ello?

ANS. No: recuérdalo bien: no llegaste á decírmelo.

GONZ. Pues te lo diré. Y ya verás con qué calma: con qué reposo: y qué bien ordenado todo. Acércate á mí: dame tus manos y óyeme como yo te oía cuando era niño y me referías un cuento de fantasmas ó aparecidos. Porque será un cuento: porque todo lo que vas á oir es mentira: me lo figuré yo... pero no es verdad, no digas que es verdad... porque entonces... entonces.... (Dispuesto á enfurecerse.)

ANS. No, hijo mío, ya sé que no es verdad.

GONZ. Bueno, pues no siéndolo, oye y verás qué cosa tan curiosa. Íbamos los tres en un departamento reservado: los tres solos. Y llegó la noche, y sentía yo dentro de

mí una alegría inmensa ¡qué hermosa era la vida! ¡un amor como el de Ángela, una amistad como la de Enrique! ¡un padre como tú! Y decías tú que lo infinito no puede condensarse...

ANS. Por Dios, no te distraigas: sigue: íbais los tres.

GONZ. Los tres: y mi dicha se deshacía en palabras sin fin... como la savia se deshace en hojas y en flores... porque todo se deshace... la sombra en luz... la luz en sombra...

ANS. Sigue: sigue con tu idea: íbais hablando los tres.

GONZ. No: ¡yo era el único que hablaba: ellos silenciosos: muy silenciosos! El silencio y la quietud son dos cosas iguales: y el tren se paró: era de noche. Y á mí ¿qué me importaba que el tren se hubiese parado? yo seguía hablando. ¡Todo me parecía bien: todo hermoso y noble: la humanidad heróica! ¡pobre género humano! ¡había estado trabajando siglos y siglos para inventar el vapor y llevarnos más aprisa á ella, á Enrique y á mí! ¡comprendes tú abnegación semejante!

ANS. ¡Por Dios santo, sigue: no divagues!

GONZ. ¡Pero si te lo estoy contando todo! ¡no me obligues á ir por otro camino que el mío, porque esto me contraría, me tortura!... (*Con señales de sufrimiento.*)

ANS. Bueno, bueno, como tú quieras.

GONZ. ¡Yo tengo una deuda de gratitud con aquellas pobres gentes!... ¡tanto empleado trabajando sin descanso por nosotros... día y noche!... ¿cómo no he de decirte todo esto?... ¡sería un ingrato!... ¡que lo sean otros!... ¡yo, no!

ANS. ¿Pero Ángela y Enrique?

GONZ. ¡Ah! ¡ellos!... ¡ellos silenciosos!... ¡siempre, siempre lo mismo! Y yo seguí hablando... y dije no sé qué á mi Ángela... ¡y ella volvió la cabeza como huyendo de mí!... ¡oh! ¡esto me llegó al corazón! «¿Por qué no me miras?» le dije, y Ángela me señaló á una niña que pasaba por el andén con un ramo de flores. ¿Te gustan? ¿las quieres? le pregunté yo, ¡y sin esperar su res-

puesta me precipité del coche! Era una pequeñez; pero yo deseaba hacer algo por Ángela: realizar el menor de sus caprichos á costa de mi sangre: morir por ella, si era preciso: había visto pasar entre sombras y reflejos aquellas flores; pues eran sagradas, eran de mi Ángela, en otras manos estaban profanadas, ¡oh! ¡esto es seguro! ¡no me lo niegues, padre, no me lo niegues! ¡mucho te quiero!... ¡pero esto es demasiado! ¡este tormento es insufrible!... ¡aquellas flores!... ¡sí, aquellas flores!... ¡eran de mi Ángela! (Con un acceso de furor.)

ANS. ¡Te comprendo!... ¡tienes razón!... ¡pero acaba!

GONZ. ¿Qué decía? ¿dónde estábamos? ¡pierdo la idea!.. ¡lo ves! ¡por haberme contrariado!

ANS. Bajaste á buscar unas flores para tu esposa.

GONZ. ¡Ah! sí: ¡y divinas! cuando á ella le gustaban ¡por algo era!

ANS. ¿Y volviste al tren?

GONZ. No: el tren arrancó de pronto y yo me precipité: un empleado abrió una portezuela: entré apresuradamente y algo aturdido... ¿Ves tú? ¿ves tú qué condenación? ¡no es mi departamento: es el inmediato y no hay nadie: desde la ventanilla me llama Ángela, pero no es posible: la velocidad del tren es vertiginosa! ¡Espera, espera, le grito: en la estación próxima! ¡Y me quedé *solo*! ¡Yo creo que me sentí solo por primera vez en la vida! ¡Desde entonces... estoy *solo*! (Con profunda tristeza.)

ANS. ¿Y seguisteis?

GONZ. Y seguimos: en este mundo siempre es uno arrastrado por algo superior á él. ¡Toda mi alegría se hundió en aquella soledad! ¡De pronto me asaltaron ideas extrañas... ideas muy tristes! ¡Ángela iba sin mí y con Enrique! ¡Y yo solo: cerca de ellos; pero muy lejos! ¡así está separado el que muere de los vivos! Sentí frío y angustias indecibles y opresión en el pecho y me asomé. Entrábamos en un túnel muy largo: la ventanilla del departamento en que iban se proyectaba como cuadro de luz en las húmedas paredes del subterráneo, y ví en

aquella claridad dos sombras, frente á frente: son *ella* y *él*, murmuré en voz baja. Voy á observarlos, me dije á mí mismo. ¿Observarlos? ¿por qué? ¿por qué tuve esta idea? lo ignoro; pero el instinto del espionaje ¡infame, odioso, mezquino, se despertó en mí con ánsias infernales! ¡Ellos paseando sus oscuras siluetas por la subterránea galería, y mis ojos clavados en aquellas dos manchas que recortaban el móvil cuadro de luz! ¿Era que ya la demencia me invadía? ¡responde!

ANS. No: sigue: al contrario, hijo mío: tú razón recobra su imperio.

GONZ. ¿Con qué tú supones que yo debí ver algo? ¿por qué? ¿por qué?

ANS. ¿Lúego no viste nada?

GONZ. ¿Nada? ¿eso es lo que yo quiero saber? ¿eso es lo que has de decirme? ¿Fué delirio? ¿fué realidad? ¿lo ví entonces? ¿lo he soñado después? ¿Soy un pobre demente ó un pobre hombre? ¿necesito cuerdas que me sujeten ó un hierro que mate?

ANS. ¡Acaba! ¡acaba! ¡que yo te lo diré después!

GONZ. ¿Me lo juras?

ANS. ¡Sí! ¡lo juro!

GONZ. ¡Y de qué sirven los juramentos! también Ángela juró... ¡cuántas veces juró!... ¡un juramento por cada beso! ¡por cada suspiro, un juramento! ¡y besos y suspiros pasan... como pasaba el tren en que volábamos... ¡como todo lo que va en pos del fuego y del humo!

ANS. ¡No: recobra tu razón, recoje tus recuerdos: otra vez á Enrique y á tu Ángela!... ¡el cuadro de luz: las dos sombras: tus ojos en ellos!

GONZ. ¡Eso, eso! ¡mis ojos en ellos y las dos sombras... inmóviles!

ANS. ¡Ah!

GONZ. Pero luego se agitaban fantásticamente: ¿era risa? ¿era llanto? ¡En la sombra de la mujer hubo un instante en que brillaron algunas gotas líquidas! pero luego comprendí que eran las filtraciones del túnel: las sombras

no lloran: las entrañas de la tierra, sí: ellas sabrán por qué.

ANS. ¿Y bien? ¿qué más?

GONZ. ¡Salimos del túnel... las sombras de Ángela y Enrique se prolongaron mucho... muchísimo... sin fin!... ¡me pareció que él se acercaba á ella!... ¡pasamos sobre un puente que resonó con carcajadas metálicas!... ¡y al abismo las sombras! ¿por qué al abismo las dos? ¿por qué juntas?... ¿por qué?... ¿y me asomé frenético, y mi sombra fué con las suyas á las negruras del espacio y á los senos del vacío!

ANS. ¡Eso no basta! ¡quiero saber más!

GONZ. ¡Pues así, en carrera fantástica, infernal! ¡verlos y no verlos! ¡ya son figuras grotescas, ya formas trágicas! ¡ya recogidos en las paredes de un desmonte, como dos enamorados que se asoman al cuadro de luz de su ventana; ya son dos espectros que se dilatan, como si la nada los reclamase para sí! ¡y yo siempre persiguiéndolos: sobre la húmeda pared de tierra, sobre el plateado río, por entre los enrejados de un puente de metal, como el demente que se asoma á las rejas de su celda para maldecir á la esposa traidora y al amigo desleal, que enamorados pasan, mientras el infeliz se golpea el cráneo y babea la hiel que le destila el corazón sobre el oxidado hierro de su verja!

ANS. ¡No más!... ¡no más!...

GONZ. ¡Oh, te da horror! ¡te da miedo! ¿por qué? ¡si todo esto es sueño, delirio, mentira! ¡pero déjame acabar, ahora mis ideas son claras, muy claras! ¡lo veo todo como pasó, lo mismo! ¡Llegamos á otro túnel! otra vez ví en la claridad de aquella ventana los dos contornos de Ángela y de Enrique. Estaban donde siempre, respiré; pero ella llevó la mano al rostro para ocultarlo ó para llorar y la otra sombra, la de él, extendió su brazo y le separó las manos!... ¿por qué?... ¿con qué derecho? ¡ah, miserable! ¡ah, traidor! ¡y ella resistía... y se aproximaron las dos figuras... y pasamos por una hoguera que

los trabajadores habian encendido... y las llamaradas de la fogata inundaron de resplandores rojizos aquél cuadro de luz blanca... y creí oir la voz de Ángela que me llamaba... y oí el silbido de la máquina estridente y burlón que me crispó los nervios... rugí como un condenado... abrí la portezuela... y me precipité en el vacío procurando asir en el aire... aquél maldito engendro del vértigo y de los celos!... ¡Ay, padre, padre mío, ten compasión de mí! (Se precipita en los brazos de D. Anselmo.)

ANS. Sí, ven, ven á mis brazos, sobre mi corazón, aquí... aquí... que vengan ahora los que quieran atormentarte! (Acariciándole y llorando con él.)

GONZ. ¡Pues ya están ahí! ¡sí... ya están, mira!... ¡mira! ¡como aquella noche!

ESCENA IX.

D. ANSELMO, GONZALO, ÁNGELA y ENRIQUE.

Anselmo y Gonzalo en la izquierda: Gonzalo acurrucado con timidez infantil en los brazos de su padre. Ángela entra precipitadamente por la derecha, poco después Enrique por el fondo.

ANGELA. ¡Padre!... ¡padre!... Enrique ha entrado en el hotel... le he visto... le he visto llegar... ¡Arrójele usted de esta casa! (Á D. Anselmo.) ¡Arrójele usted!

ANS. Le hice venir yo.

ANGELA. ¡Usted!

ANS. Sí.

ENRIQUE. Me llamó usted... y siempre he de acudir cuando usted... ó Gonzalo me llamen.

GONZ. (En voz baja.) ¡Mira... mira cómo se acercan los dos!... ¡mira qué sumisos! ¡Esto consuela! ¿verdad, padre mío?

ANS. ¡Sí, Gonzalo, es verdad!

GONZ. Pues ahora pregúntales tú... eso... eso que deseábamos saber ¿no te acuerdas?

ANS. Sí. (Levantándose.) ¡Es preciso que hablen!

GONZ. ¡Yo entre tanto aquí me quedo y les observaré, como aquella noche! (En voz baja.) ¡Conque, anda, anda... qué placer tan grande es estar en acecho!

ANS. (Acercándose á Ángela y Enrique como el actor crea que debe acercarse.) (Ap.) (¡Tiene razón Gonzalo!... ¡Es preciso!) (Á Angela.) ¿Recuerdas lo que era el Gonzalo de otros tiempos? ¡Pues mira lo que es ahora! (Á Enrique.) ¿Recuerda usted á su buen amigo? ¡Pues vuelva usted la vista hacia ese pobre ser!

ANGELA. ¡Dios mío!

ENRIQUE. ¡Sí: muy desdichado!

ANS. ¡Todo cambia: nada es lo que era; pero queda uno que es el mismo que fué; quedo yo: su padre!

ANGELA. ¡Y yo también, padre mío!

ANS. Eso quiero yo saber.

GONZ. (Ap.) (¡Eso queremos saber! ¡saberlo todo! ¡bien dicho!)

ANS. (Bajando la voz.) Necesito salvar la vida de mi hijo: hacer que vuelva á su cauce natural esa razón extraviada: mostrar á todos su honra pura: ó mostrar á todos la venganza de su honra! ¡Eso quiero!

ANGELA. Y yo también.

ENRIQUE. ¿Por qué no?

GODZ. (Ap.) (¿Por qué hablan en voz baja? ¡No les oigo!... ¡Ellos... bueno! pero mi padre... ¿por qué?)

ANS. Por un ser á quien se ama, como yo á Gonzalo, está uno dispuesto á todo: ¡á todo! ¿no es verdad?

ENRIQUE. ¿Por el ser á quien se ama? ¡á todo! ¡á lo noble ó á lo infame! ¡al crímen ó al martirio! usted lo piensa ahora: yo lo pensé siempre..

ANS. ¡Pues al fin y al cabo pensamos lo mismo! ¿y tú? (Á Angela.)

ANGELA. Dígame usted qué debo hacer para salvar la vida, la razón y la honra de Gonzalo... y yo le juro á usted, que lo que usted decida, eso será.

ENRIQUE. Si; pero hablen ustedes en voz baja, porque él nos escucha. (Bajando la voz.)

GONZ. (Ap.) (¡Otra vez bajan la voz! ¡Ah, traidores!)

ANS. ¡Pues he decidido saber toda la verdad: y voy á buscarla en su corazón de usted, aunque tenga que partirlo! (Á Enrique.) ¡en tu garganta... aunque tenga... aunque tenga... que estrujarla entre mis manos! (Á Angela.)

ANGELA. ¡Después si usted quiere! pero antes la diré yo.

GONZ. (Ap.) (¿Qué es lo que vá á decir Ángela... que yo no puedo oirlo?)

ENRIQUE. Yo soy hombre que no retrocede jamás: bueno ó malo, como soy me presento: de mis acciones respondo: y el miedo y la hipocresía no se cuentan en el número de mis vicios. (En voz baja y enérgica.)

ANS. ¡Franco y osado! ¡tanto mejor! ¡pero aunque no le adornasen á usted esas virtudes, yo sabría despertarlas! (Con voz baja y amenazadora.)

ENRIQUE. ¿Cómo? porque de no tenerlas yo, me parece difícil que usted me las infundiera. (Con acento de fria é irónica provocación.)

ANGELA. ¡Silencio por Dios, que él nos escucha!... ¡salgamos de aquí!

ANS. ¿Cómo? ¿quiere usted saberlo?

ENRIQUE. Soy curioso: lo confieso.

ANS. ¡Pues cogiéndole á usted por un brazo, para afianzarle mejor, y diciéndole al oído, para que mi voz tarde menos en llegar á su cobarde pensamiento y á su cobarde corazón: es usted un miserable!

ANGELA. ¡Padre! (Gonzalo se incorpora y siempre sobre el sofá se acerca algo para oir.)

ANS. (Volviendo rápidamente y con una rapidísima transición.) No: no, hijo mío... no es nada... es que hablábamos... y yo le decía... y él... ¿verdad... verdad? (Á Enrique. Ap.) (Diga usted que sí, ¡miserable!)

ENRIQUE. Hablábamos, en efecto... Salgamos... para seguir hablando.

ANS. Sí, Gonzalo... espera... Vamos... (Á Enrique.)

ANGELA. ¡Yo también!... (Disponiéndose á salir.)

GONZ. (Levantándose con ímpetu.) ¡Ah! ¿no quereis que os oiga?

¿me ocultais la verdad? ¡Ellos! bueno: se comprende: ¡pero tú, mi padre, mi propia sangre, tú, encubridor de traiciones! Sea: no os necesito: ¿todos contra mí? ¡ni padre, ni esposa, ni amigo! Pues iré yo solo. (Se arregla febrilmente el traje.)

ANS. (Acercándose á él.) ¡Gonzalo!...

ANGELA. (Lo mismo.) ¡Gonzalo!

GONZ. (Rechazándolos.) He dicho que iré yo solo.

ANGELA. ¿Á dónde?

GONZ. ¡Á las calles, y á las plazas, y á los teatros, y á los espectáculos; á donde la gente se reuna, y ría, y goce, y murmure, y escarnezca, y manche! Allí voy: allí: y les preguntaré por vosotros: por tí, por mí Ángela; y por tí, por mi amigo; y por... (Á su padre.) no: por tí, no, padre mío; por tí no les preguntaré. Pero por vosotros, sí. Y todas esas gentes me dirán la verdad: y aunque no me la digan, yo sabré arrancarla de sus lábios; porque como á ellos no les amo, qué me importa apretarles la garganta, y estrujarles el corazón, y oprimirles contra mi pecho, hasta que por boca y ojos destilen gota á gota la calumnia, ó la verdad, ó la hiel, ó lo que tengan en el hueco del pecho ó en los repliegues del alma!

ANGELA. ¡Haz conmigo eso, Gonzalo!

GONZ. (La coge en sus brazos.) ¡Ah!... ¡Ángela!... ¡no... todavía no! ¡Adios!

ANS. Gonzalo, espera.

ENRIQUE. No, Gonzalo, ¡no es posible que salgas de ese modo!

ANGELA. ¡No me dejes!

GONZ. ¿Por qué no es posible? ¿por qué conocerán que estoy loco? pues no lo conocerán: fingiré: si el fingir es muy fácil: si los locos mienten y fingen también: si basta tener figura humana para saber fingir. ¡Pero eso después!... ¡ahora, no!... ¡ahora me muestro como soy... ¡ahora digo, paso... paso... ó por Dios vivo que os despedace sin compasión!... (Rompe furioso por entre todos y llega al fondo.)

ANS. ¡Hijo mío!

ANGELA. ¡Gonzalo!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZ. ¡Detenedme si podeis!... ¡Podeis engañarme!.. ¡podeis mentirme!... ¡podeis deshonrarme!... ¡pero no podeis detenerme!... ¡Adios!... ¡yo volveré!... ¡y entonces veremos si estoy cuerdo ó si estoy loco!... (Sale por el fondo.)

ANS. (Cogiendo á Enrique y á Ángela.) ¡Ah! ¡desdichados! ¡estamos solos!... ¡ahora sí que os he de arrancar el secreto de vuestra infamia!...

ANGELA. ¡Pero y Gonzalo!...

ENRIQUE. ¡Y Gonzalo!

ANS. ¡Es verdad!... ¡mi hijo!... ¡primero él!... pero luego...

ENRIQUE. ¡Nosotros!

ANS. ¡Sí: vosotros!... ¡vosotros!... volverá Gonzalo... pero yo volveré tambien... yo volveré... yo volveré... (Sale por el fondo y tras él Enrique: queda Ángela en la actitud que su inspiración dicte á laactriz.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración de los actos anteriores.

Es la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

PAULINA, D. LEANDRO y D. MATÍAS.

Paulina mirando por el fondo.

LEAND. ¿Y Ángela?

PAUL. En la escalinata del hotel sigue todavía, esperando que vuelva Gonzalo. Pobre amiga mía: ¡qué feliz era, y qué desdichada es!

MATIAS. ¿Y Gonzalo?... ¿qué habrá sido de Gonzalo?

LEAND. ¡Vaya usted á saber por dónde andará á estas hora y lo que habrá hecho desde que salió de esta casa Pero hablando con franqueza, ¿usted cree que hay esperanza?

MATIAS. De estas naturalezas nerviosas todo puede temerse y

todo puede esperarse. Quizá el tiempo... quizá una crísis...

LEAND. Vamos, que si Ángela tiene conciencia... ¡ya debe sufrir!...

PAUL. ¡Don Leandro!...

LEAND. No: no tema usted: no viene. Adémas, yo no la acuso: ¡pobre Ángela!

MATIAS. ¡Mucho la compadezco!

LEAND. ¡Todos la compadecemos! ¡Odia el delito, compadece al delincuente! ¡esto, creo que se ha dicho alguna vez!

PAUL. Sí: varias veces.

LEAND. Pues por eso lo digo yo.

PAUL. ¡Ángela es una víctima purísima! ¡yo lo afirmo!

MATIAS. En que es víctima, todos estamos conformes: lo de *purísima* me parece aventurado.

LEAND. Los superlativos lo son siempre.

PAUL. ¡La fatalidad pesa sobre ella... no su culpa! ¡Y si Gonzalo supiera...

LEAND. ¡Ah! Gonzalo... si Gonzalo vuelve en sí, su conducta no puede ser... más que una: una sola. En esto sí que no cabe vacilación. Es la voz general. Batirse con Enrique y separarse de Ángela. Es muy triste, pero, ¿qué remedio? ¿Ó se respetan las leyes sociales ó no se respetan? Si este no es caso de separación y de duelo, ¿para cuándo están el duelo y la separación? ¡vamos á ver!

PAUL. ¡De modo que dos floretes ó dos pistolas lo componen todo!

LEAND. ¡Tanto no diré yo, que á veces descomponen órganos muy interesantes! ¿no es verdad?

MATIAS. ¡Quién lo duda!

LEAND. ¡Pero el decoro queda á salvo!

MATIAS. Además, esa es una eventualidad, porque ¿quién sabe lo que podrá ocurrir? Gonzalo puede agravarse...

LEAND. ¡Perfectamente! y por eso no debemos movernos de esta casa y sobre todo usted. (Á D. Matías.) No, señor:

usted aquí: si un médico no está para los casos de muerte, ¿para cuándo está?

MATIAS. En casos de vida ó en casos de muerte, debemos cumplir nuestro deber.

LEAND. Todos debemos cumplirlo, usted si Gonzalo se agrava: yo si Gonzalo recobra su juicio y quiere recobrar su honra. Puede necesitar padrinos... ¿verdad?

MATIAS. Entendido.

PAUL. Perfectamente, yo soy la única que no me quedo en esta casa para nada útil: para llorar con Ángela: para nada más.

LEAND. Pues ya puede usted dar principio al compasivo llanto, porque ya esta aquí.

ESCENA II.

PAULINA, D. LEANDRO, D. MATÍAS y ÁNGELA por el fondo.

ANGELA. ¡Ah!... ¡los dos!... ¡este tormento... este tormento es intolerable!

PAUL. ¿Viene ya?

ANGELA. (Se queda en el fondo observando.) Sí.

MATIAS. ¿Viene solo?

LEAND. ¿Viene con su padre?

ANGELA. ¡No!... ¡con Enrique!... ¡siempre con Enrique!

MATIAS. ¡Habrá sido más afortunado que los demás... y le encontró!

LEAND. ¡En cambio el pobre don Anselmo, andará por esas calles sin dar con su hijo!

ANGELA. ¡Ya están ahí!... ¡ya están... ¡no quiero verlos!... ¡no quiero verlos juntos!... ¡si digo que no! (Desesperada.)

PAUL. ¡Ángela!

LEAND. ¡Por Dios, Ángela!

ANGELA. ¡Ni yo!... ¡ni nadie!... ¡vengan ustedes!... ¡Vengan ustedes!

PAUL. ¡Pero Ángela!...

LEAND. ¡Pero, hija mía!...
ANGELA. ¡Por Dios, pronto!... ¡Ven Paulina!...
LEAND. ¡Venga usted, doctor! Hay que atender... hay que atender á esta pobre señora... porque yo temo...
MATIAS. Sí... vamos...
ANGELA. ¡Ya están!... ¡Dios mío... ¡Dios mío!... ¡la fuerza tiene un límite.., y un límite el dolor!... ¡Y pena sin culpa es intolerable, Paulina!... ¡es intolerable!
LEAND. ¡Válgame el cielo y que desdichas! (Salen todos.)

ESCENA III.

GONZALO y ENRIQUE por el fondo. Aquél trae á éste casi por la fuerza.

GONZ. ¡Ven!... ¡Ven conmigo!... ¡quieres abandonarme, ingrato!... ¡No lo esperes!... ¡No huyas!... ¡Si ya nunca, nunca te has de separar de mí!
ENRIQUE. ¡Déjame, Gonzalo!... ¡Si ya estas mejor!... ¡si no me necesitas!
GONZ. Eso sí. ¡Ya estoy más tranquilo! La tarde es apacible... y la brisa... ¡qué agradable es la brisa cuando la frente arde! Diríase que el aire está plagado de séres invisibles, que nos besan con sus lábios húmedos y cariñosos. Y tú necesitas más que yo de esas caricias y de esa frescura nocturna; porque cuando me encontraste y pusiste tu mano en la mía, ¡tu mano era un áscua! ¡Y cuando vinimos, no me apoyaba yo en tí, si no tú en mí!... ¡Créeme, esta es la verdad!... ¡yo soy un hombre de honor!... ¡yo soy incapaz de engañar á un amigo como tú!... ¡yo no miento nunca!... ¡Ya no soy yo el enfermo: el enfermo lo eres tú!
ENRIQUE. Es verdad; y por lo mismo... déjame salir.
GONZ. ¡Eso sí que no! (Sujetándole.) ¿Para qué quieres irte? ¿Para buscar doctor que te sane? ¡Si lo tenemos á mano! ¡Y además es preciso, que todos esos señores, todos

esos amigos, que llenan mi casa, sepan á qué atenerse! ¡Oh! ¡es indispensable! ¡con eso sí que no transijo! ¡Todos ellos hasta ahora me tenían lástima á mí; pues es preciso que se desengañen! ¡y que á quien tengan lástima sea á tí!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!

GONZ. ¡Á tí! ¡sostengo la palabra! ¡Á tí: á mí no! ¿Qué eres tú? vamos á ver: ¿qué eres tú? ¡Un hombre que inspira lástima!

ENRIQUE. ¡Pues si tanta lástima te inspiro, no me atormentes más!

GONZ. ¡Si es tan dulce atormentar á un amigo!

ENRIQUE. ¡Te suplico, que me dejes!

GONZ. ¡No! ¡y en ese estado! ¡cómo he de permitirlo yo! ¡No ves que tú estás muy enfermo, pobre Enrique mío! ¡Y tu enfermedad... yo la conozco!... ¡Por una casualidad; pero la conozco! ¡Tu enfermedad está aquí! (Golpeándole el pecho.)

ENRIQUE. ¿Qué dices?

GONZ. ¡Que está aquí dentro! ¡Mira, yo lo sé, porque cuando veniamos juntos, yo sentía latir tu corazón! ¡y cómo latía! ¡parece imposible, que un corazón pueda latir tanto! ¡Vaya! como que me acordé... ¿á qué no sabes de lo que me acordé?... ¡de aquél día... no, de aquella tarde, en que siendo muchachos nos bañábamos juntos en el río de nuestro pueblo! ¡Tú, como siempre has sido muy débil y muy nervioso... te dejabas arrastrar hacia la presa... y te ahogabas... y yo te cogí!... y ¡á fuera! nadando... ¡como yo sabía nadar! ¡Y te pegabas á mi cuerpo, y, es claro, como estábamos desnudos, tu carne rozaba con mi carne... y sentía aquella tarde, lo mismo que esta tarde, que tu corazón golpeaba sin descanso! ¡Pún! ¡pún! ¡pún!... ¡Ah! qué hermoso es un corazón que dice, ¡aquí estoy?

ENRIQUE. ¡Calla, Gonzalo!... ¡calla!... ¡no digas eso!... ¡no evoques esos recuerdos! ¡los recuerdos matan! (Se deja caer en el sofá.)

GONZ. ¡Pobre Enrique!... ¡se acuerda de nuestra infancia!... ¡Yo no quiero que tú sufras!... ¡Tú has sido siempre tan débil!... ¡Yo en cambio siempre fuerte!... ¡Y hoy me siento con más fuerzas que nunca!... ¡Á quién yo apretara entre mis brazos!... ¡Yo quisiera abrazarte!... ¡pero no es posible! ¡te ahogaría! ¡Y tampoco quiero abrazar á mi Ángela!... porque es débil, delicada... una flor... y una flor estrujada por mí... se desaharía en hojas... que se llevaría el viento. ¡Como aquél ramo!... ¡Lo mismo que aquél ramo!... ¿Te acuerdas? ¡el que yo compré para Ángela en nuestro viaje!... ¡Yo no sé si esto lo he soñado en las horas de fiebre de mi enfermedad.. pero ello es, que yo me he visto caer del tren al negro vacío aprentando el ramo... ¡y el ramo se deshizo en hojas, que flotaba á mi alrededor y que me acompañaban en mi caida!... ¡algo así como un cuerpo humano que rueda al abismo: y sus ilusiones convertidas en hojas de rosa... y en hojas de camelia... y en hojas de clavel... y en verdes hojas... en torno de la negra y desesperada masa de carne, que va hundiéndose cada vez más! ¿Tú has visto esto alguna vez? ¡debiste verlo, si te asomaste á la ventanilla!... ¡si oiste mi grito! ¡si viste mi cuerpo!... ¡si tropezaste al salir con las hojas que revoloteaban!

ENRIQUE. ¡Ah! ¡miserable de mí! ¡si... he visto todo eso! ¡y he visto mayores tristezas!

GONZ. ¡Como que hay mucho que ver en este mundo!... ¡toma!... ¡muchísimo!... ¡sólo que hay que colocarse á cierta distancia! ¡Los que ven... á un lado! ¡los que son vistos... enfrente! Como esos que encontrábamos en la calle... ¡esos veian, y nosotros... nosotros... éramos vistos por ellos! ¡Todos juntos y revueltos... no se vería nada: por eso es preciso, que impere el orden: de otro modo sería el desquiciamiento universal! ¡Si los acusados se mezclasen con los jueces; y los reos con la muchedumbre que acude á presenciar su vergüenza y su ejecución; y la sociedad con los séres que rechaza de

su seno por impuros y manchados; y los calumniadores con las víctimas de la calumnia; y las cohortes de Satán con los coros ángelicos, volveríamos al primitivo caos, en que andaban revueltos el mal con el bien, el girón de sombra con el rayo de luz, y lo que había de ser andando los siglos el brutal brazo del verdugo con la sustancia caótica que condensándose había de formar el noble pecho del mártir!

ENRIQUE. ¡Gonzalo, adios!

GONZ. ¡Qué empeño en separarte de mí! ¡qué miserable y qué ingrato eres! ¿Me separé yo de Enrique, cuando éramos niños? ¡No, tus juegos eran los que más me agradaban! ¿Me separé, cuando fuimos hombres? ¡No, tus estudios eran los que más me apetecían! ¿Me separé al emprender ese viaje? ¡No: á la fuerza casi, porque tú eres uraño, te llevé conmigo! ¿Me separé de tí, cuando tu sombra fué al abismo? ¡No: con ella me arrojé! ¡Y tú... te contentas... con buscarme por Madrid... y con traerme á mi casa! ¡Pues no basta! ¡no basta, querido Enrique! ¡acompáñame!.. ¡acompáñame, ahora que todos se burlan de mí y me escarnecen, para dividir conmigo esas burlas y esos escarnios! ¿Juegos á medias? ¿estudios á medias? ¡pues á medias los insultos! ¡la deshonra por partes iguales! ¡por mitad el dolor! ¡como buenos amigos, como cariñosísimos hermanos! ¡Mis brazos serán cadena de carne que te sujete! ¡Te saqué de la rápida corriente del río! ¡sácame de la charca!

ENRIQUE. ¡No puedo más!

GONZ. ¿Ni para eso sirves? ¡ah! ¡qué débiles son tus brazos y qué mezquino tu aliento!

ENRIQUE. ¡Débil y mezquino como soy, yo haré todo lo que pueda!

GONZ. ¿Todo lo que puedas? ¡pero yo lo pude todo, porque te salvé la vida!... ¡Y ahora también lo quiero todo, todo, todo, Enrique!

ENRIQUE. Pues bien, todo. ¿Quieres mi vida? ¡pues mi vida!

GONZ. ¿Tanto? no. No es preciso. ¿Por qué has de darme tu vida? ¡Si fuese cierto lo que yo he visto en mi delirio...

entonces, sí: debías dármela! ¡y si no me la dieses, yo te la pediría¡ !y de negármela... la arrancaría de tu corazón! ¡pero fué delirio... lo que yo ví, mientras el tren volaba: no fué verdad!... Como la noche era sombría y los celos son cortantes... yo, en la masa de negrura, iba recortando fantasmas, como en la masa de la cantera se esbozan estátuas; y esos fantasmas se me filtraban por los ojos y se me acurrucaban en el pecho; pero ya los arrojaré de aquí... (Golpeándose el pecho.) ¡si no puedo de otro modo, con el golpe de mi sangre!

ENRIQUE. ¡Y para que sea más fácil que de tí los arrojes... déjame huir de tu presencia para siempre!

GONZ. ¡Á fé que no!

ENRIQUE. ¡Es forzoso!

GONZ. ¡Y yo no te dejo!

ENRIQUE. Pues á pesar tuyo...

GONZ. ¡No!... ¡Enrique!... ¡te digo que no!... ¡uno de esos fantasmas, que llevo aquí dentro, tiene la cabellera trágica de las furias, y cuando se agita, sus enmarañadas guedejas me suben á la garganta, sus hebras se me enredan, no puedo arrancarlas de aquí... y me desespero y enloquezco! (Sujetándole.)

ENRIQUE. ¡Gonzalo!... ¡compasión!... ¡ten compasión!

GONZ. ¡Qué!... ¡te pones pálido! ¿desfalleces?... ¡no: yo no quiero que mueras!... ¡llamaré al doctor... él vendrá... y tú lo has de ver, él nos dará la salud y la alegría á los dos!

ENRIQUE. ¡Sí: pronto: ve á buscarle!...

GONZ. Iré... no temas... iré... (Deteniéndose.) ¡Ah... ¡pero piensas huir entre tanto!... ¡te me quieres escapar de entre las manos!... ¡yo todavía soy malicioso!... ¡tú no me burlas!... ¡no! ¡ya verás!... (Yendo á la derecha.) ¡Ángela!... ¡Ángela!... ¡pronto!... ¡aquí!

ENRIQUE. ¡Gonzalo!...

GONZ. ¡No te muevas!... ¡Ángela!... ¡Al fin!...

ESCENA IV.

ENRIQUE, GONZALO y ÁNGELA.

ANGELA. ¡Oí tu voz!... (Deteniéndose. Ap.) (¡Él! ¡todavía!)
GONZ. ¡Sí: ven: quiere huir de esta casa!... ¡cuida de él!... ¡vigílale!... ¡sujétale!... ¡de esta casa ya no sale!
ANGELA. ¿Pero á dónde vas?
GONZ. ¡Él lo sabe... yo ahora no lo recuerdo; pero lo recordaré... lo primero es ir... ir allá!...
ANGELA. ¿Á dónde?
GONZ. ¡Desdichada!... en esta vida ¿sabe nunca uno á dónde va? ¡Ni él!... ¡ni tú!... ¡ni yo!... ¡pero es preciso ir... ir... ir siempre... y por eso voy! (Sale.)

ESCENA V.

ÁNGELA, ENRIQUE, después D. ANSELMO.

ENRIQUE. ¿Quiere usted que huya de esta casa? ¿ó prefiere usted que aguarde á que venga don Anselmo? como me amenazó de muerte, por eso lo pregunto.
ANGELA. ¡Salga usted!...
ENRIQUE. ¡Obedezco!... ¡ah!... ¡es tarde... don Anselmo!
ANS. (Entrando por el fondo) ¡Mi Gonzalo!... ¿mi hijo?... ¡qué habeis hecho de mi hijo!... ¡Dónde está!... ¡Hablad pronto!
ANGELA. No tema usted por él: está allá dentro.
ENRIQUE. Y sus amigos le cuidan.
ANS. ¡Y su esposa lo entrega á sus amigos! menos malo, que no está allá ese! (Señalando á Enrique.) Menos malo que la deslealtad y la traición huyen de aquél desdichado y se reunen aquí: aquí, donde yo las sorprendo; donde yo las aprisiono; (Cerrando las puertas.) de donde no saldrán, hasta que mi furor discurra una venganza

¡ó Dios me inspire un castigo!

ANGELA. Eso deseo yo, padre: ¡venganza ó castigo!

ENRIQUE. ¡Pues sea lo que haya de ser, don Anselmo; pero pronto!

ANS. Más aprisa vendrá de lo que usted imagina; ah, señor mío, para toda felonía, hay siempre un juez: no puede serlo Gonzalo, lo seré yo.

ENRIQUE. Lo acepto.

ANS. Tanto daría, que no lo aceptase usted. Pero déjenme ustedes tomar aliento. Las sienes me laten: los oídos me zumban: ¡Mi cabeza vacila! ¡Y cómo no, Dios mío! ¡Dónde hay fuerzas para tales dolores! ¡He seguido por Madrid el rastro de la afrenta de mi hijo! ¡Lo he seguido! ¡Y no tuve que preguntar por dónde había pasado mi Gonzalo, para saberlo! ¡no, señor, no: me lo dijo el escándalo á bocanadas! La conversación interrumpida al presentarme yo: el saludo compasivo: el amigo que va de prisa y no puede detenerse... porque no sabe qué decirme el grupo de ociosos en que murmuran por lo bajo «es el padre:» el imprudente que se me pone delante y habla y habla, como esperando, que yo le cuente algo: la curiosidad, la impertinencia, la compasión, la lástima, ¡todo el calvario de la deshonra me han hecho recorrer ustedes! ¡para llegar á mi casa y encontrarme en la cruz de su locura al hijo de mi alma!

ANGELA. ¡No es usted justo!... ya verá usted cómo no es usted justo.

ANS. ¿Y para qué quiero ser justo? ¿Lo han sido con mi Gonzalo? Le enseñé á ser honrado y leal, ¿y para qué le ha servido? para que, los que no son honrados ni leales, le escarneciesen, pensando sin duda: «este es un pobre hombre: su padre le puso con sus ráncias ideas de rectitud, una espesísima venda en los ojos, y le echó por el mundo: bien venido sea para juguete de gentecilla sin conciencia.» Yo reconozco que la culpa es mía, por eso me toca enmendar el yerro.

ANGELA. Pues esperamos sus órdenes.

ENRIQUE. Las esperamos.

ANS. ¡Si es que no acabo de discurrir lo que debo hacer! !tal es la confusión de mis ideas! ¡pensais que si yo hubiese resuelto algo, estaríais esperando!... ¡pero no encuentro!... ¡no sé!... ¡ah! ¡la miserable imaginación de los viejos! ¡ni en casos de honra... puede hallar resoluciones claras, enérgicas, prontas!

ANGELA. Yo le ayudaré á usted.

ANS. No necesito tu ayuda. El camino es llano: ahora lo voy viendo. ¡Es preciso que yo le devuelva la razón á mi Gonzalo, y que después vengue su honra: esto es... no, pero no es esto! ¡esto es una locura mía! ¡Si le devuelvo la razón, él querrá vengarse! ¡No: antes la venganza por mí: la razón después para él!

ENRIQUE. ¡Mejor será de ese modo!... ¡Con Gonzalo, no!

ANS. Sí, mejor le parece á usted: ya lo comprendo: el padre es adversario menos temible que el hijo!

ENRIQUE. ¡Don Anselmo!... ¡Ah! todo lo merezco: siga usted.

ANS. ¡Todo lo merece usted y todo lo conseguirá! ¡pero no se fíe usted en la debilidad de un anciano, ni en la torpeza de un brazo, ni en lo turbio de unos ojos, que cuando el corazón está dispuesto á consumir en unos minutos la fuerza vital de muchos años, manda relámpagos á los ojos, vigor al cuerpo, y empujé irresistible al brazo honrado que honradamente empuña una espada, señor mío!

ENRIQUE. ¡Ya lo sé!

ANGELA. ¡Padre!

ANS. ¡Y después... poco importa que el cuerpo se desplome!

ENRIQUE. No será preciso tanto.

ANS. Sí, señor, será preciso. Y si no, ¿por qué cree usted, que yo le estoy diciendo todo esto? Yo no soy de los traicioneros; yo soy leal. Para vengar una afrenta ¿qué basta? Que haya afrenta, y aquí la hay: y luego, sitio, hora, dos hierros y dos hombres. Todas las palabras que he dicho, sobran. Y sin embargo, las he dicho ¿por

qué? porque soy viejo y necesito caldear mi corazón para ser más fuerte que usted: y cada vez que nombro á mi hijo, la sangre acude al pecho; y cada vez que recuerdo la infamia de ustedes, acude más; y cuanto más me cebo en la desgracia de mi familia, más borbotones me hinchan el corazón; y como la locomotora ¿recuerdan ustedes? que arrastraba anoche á la esposa desleal y al amigo traidor, mientras Gonzalo se precipitaba al espacio, detenía su velocidad antes de subir la pesada pendiente, para hacer vapor, yo también estoy haciendo vapor de sangre, que los viejos somos marrulleros ¡pero somos implacables! ¡Y por Dios vivo, que ya me siento con fuerzas bastantes para matarle á usted: conque salgamos!

ANGELA. ¿Sin saber la verdad, padre mío?

ANS. ¿Pues no la sé?

ENRIQUE. No, don Anselmo: y óigala usted, que yo sé bien, que ha de darle más vigor del que necesita.

ANS. ¿No es perder el tiempo?

ANGELA. ¡No, padre mío: permítame usted que le dé este nombre!

ANS. Ese es el nombre que me da Gonzalo, ¿tienes acaso derecho para darme el mismo nombre que él?

ANGELA. ¡Yo creo que sí! ¡usted decidirá! (Angustiándose.)

ANS. He decidido; pero no importa, habla, y sé breve.

ANGELA. Quiero que Enrique, ante usted, como si fuera ante su conciencia ó ante Dios, conteste á mis preguntas.

ENRIQUE. Contestaré.

ANGELA. Necesito que usted diga, ¿si yo, de algún modo, he merecido esta desgracia que pesa sobre mí?

ENRIQUE. Usted merecía toda la dicha de que yo le he privado á usted.

ANS. ¿Qué ha de decir Enrique? ¡Lo que exige la nobleza convencional de los libertinos!

ANGELA. ¡Déjeme usted acabar por Dios santo, padre mío!

ANS. ¡Ya te dejo: convénceme: eso quiero, que me convenzas!

ANGELA. (Á Enrique.) ¡Imaginó usted alguna vez, que yo no amaba á Gonzalo con toda mi alma!

ENRIQUE. ¡Porque veía ese amor infinito, sentía la desesperación infinita que hizo de mí... lo que soy, y de usted... lo que yo he querido que sea! ¡ah! ¡si usted le hubiese amado menos! ¡Esto, señor don Anselmo, no dirá usted que es nobleza convencional!

ANS. Yo nada digo: el juez oye... y luego sentencia.

ANGELA. ¡Pude yo sospechar nunca... sus pensamientos de usted!

ENRIQUE. ¡Cuidé yo mucho de guardar mi pasión bien escondida!

ANGELA. ¡No hable usted de su pasión!... ¡sus pensamientos, he dicho!

ENRIQUE. ¡Jamás pudo usted sospecharlos!

ANS. ¿Una mujer no sospechar... que un hombre la enamora? ¡Maravilla grande!

ANGELA. ¡Pues yo no lo sospechaba!... ¡usted lo ha oído!... ¡estaba ciega!... ¡para mí, Enrique como si no existiese!... ¡era un instrumento de mis celos!... ¡todo lo era Gonzalo para mí!... ¡pero usted no me cree, don Anselmo!... ¡Dios mío, Dios mío, qué podría yo hacer para que me creyesen!

ENRIQUE. ¡Usted, nada: yo todo: mostrarme á don Anselmo como soy! ¡no como fanfarronada de mi crímen, sino como grito de mi conciencia!

ANS. ¡Oigamos ese grito!

ENRIQUE. ¡Pues oiga usted! Estaba ciega: lo ha dicho y es cierto. ¡Y esa ceguedad, ese desprecio, esa indiferencia nos ha perdido! ¡Yo la perdonaba todo menos la indiferencia! ¡yo quería que Ángela se ocupase de mí, aunque fuera para odiarme! ¡yo quería vivir en su pensamiento tanto como Gonzalo, aunque para él fuese el amor y para mí el ódio, pero con él á la par, apoderándome de la existencia de Ángela!

ANS. ¿Apoderándose usted?... (Conteniéndose.) siga usted.

ENRIQUE. ¡Conque para él, dichas sin fin! ¡y para mí, desprecio sin término! ¡Por esa idea se han anegado siempre mis

remordimientos en mi desesperación! ¡por esa idea, á veces loco, delirante, más delirante que Gonzalo, digo: «lo que yo deseaba se logró: ya nunca, nunca podrá Ángela pensar en él sin pensar en mí! ¡el ódio que Ángela me tiene, aun es mayor que el amor que le profesa! ¡Le he vencido! ¡porque el ódio es más avasallador, y más voraz, y más eterno que el amor!»

ANGELA. (Á D. Anselmo.) ¿Lo ve usted?

ANS. ¡Calla! ¿Y por qué se atreve usted á decirme todo eso?

ENRIQUE. En primer lugar, porque le debo á Ángela una reparación... en lo posible. Y además, porque de este modo empiezan mi sacrificio y mi castigo. Y en fin, ¡porque en mi sacrificio... este nombre tiene, aunque ustedes no quieran... se agitan, no una, muchas esperanzas!

ANGELA. ¿Esperanzas todavía?

ANS. ¡Esperanzas usted!

ENRIQUE. ¿Cuándo se pierden por entero? ¡Las tengo yo!... conque bien puede tenerlas usted, Ángela. ¡Tengo la esperanza de aplacar un tanto mis remordimientos! ¡Y la de no ver más á Gonzalo! ¡Y cuando esta crísis pase, y ustedes se calmen, y comparen en las soledades de su pensamiento y en las imágenes siempre más pálidas en el recuerdo que en la realidad, lo que yo hice en un instante de delirio, con lo que... estoy haciendo... y he de hacer en la plenitud de mi conciencia... tengo la esperanza, Ángela... tengo la esperanza, don Anselmo... de que brotará en sus almas, que son nobles, que son buenas... no diré la simpatía, no diré el perdón... pero algo menos doloroso, menos cruel... que la indiferencia, el ódio ó el desprecio que ahora les inspiro! ¿Ustedes creen que yo no sufro? si usted, Ángela, que es inocente sufre tanto, ¿yo que soy culpable, no he de sufrir más?

ANGELA. (Á D. Anselmo.) ¡No le crea usted! ¡lo que hace es fingir! ¡finge ahora arrepentimiento como antes fingió lealtad! ¡con mentiras robó aquella noche un cuerpo! ¡con mentiras quiere robar un alma!

ANS. (Á Angela.) ¡Basta ya! ¡y vamos al fondo del abismo! No le preguntes más: habla tú.

ANGELA. Pues bien, padre mío... el delirio de Gonzalo no es delirio... ¡es realidad! ¡Su deshonra... yo la confieso!... ¡si en confesarla va su salvación... confesada está, padre mío!

ANS. ¡Piensa lo que dices! le va en ello la salvación... pero ¡te va en ello la vida!

ANGELA. ¡Él es antes que yo!

ANS. ¡Á fé de padre... que dices bien! ¡Pero me asombras! ¡aunque sabía yo tu afrenta, nunca imaginé que llegara tu osadía á confesarla! ¡En mi pensamiento era horrible!... pero en tus lábios... en tus lábios... ¿por qué has manchado tus lábios!... ¡pudo confesar él... y bastaba!

ENRIQUE. ¡Ángela!...

ANS. (Á Enrique.) ¡No se mueva usted!

ENRIQUE. ¡No tema usted... que estoy resuelto á esperar hasta el fin!

ANS. (Á Enrique.) ¡Que me place! (Á Ángela.) ¡Sigue: y ya que empezaste... acaba!

ANGELA. ¡Oígame usted! ¡Tuve celos de Gonzalo... porque le amaba cuanto una mujer puede amar! ¡Celos insensatos!... pero celos!

ANS. ¿Te los inspiraba Enrique?

ANGELA. No: esta es la verdad: bastaba yo: él no puede inspirarme nada.

ENRIQUE. Pues ya que la hora de las confesiones ha llegado, oiga usted: ¡tampoco comabtí esos celos: en ellos me gozaba!

ANS. ¡Miserable!

ENRIQUE. No es alarde de criminal: es ayudarle á usted en el acopio que está haciendo de energías con estimulantes de indignación.

ANS. (Á Enrique.) Me mostraré agradecido. Sigue. (Á Ángela.)

ANGELA. Gonzalo tuvo que salir de Madrid.

ENRIQUE. Lo fingió.

ANGELA. ¡Qué importa! Yo no busco excusas á mis impruden-

cias ó á mis desdichas. Ese hombre me llevó á una casa para espiar desde ella á mi marido. ¡Fuí con él, creyendo ir con el mejor amigo de Gonzalo! ¡como pudiera haber ido con mi hermano! ¡como pudiera haber ido con usted!

ANS. ¡Ah! ¿Él te llevó?

ANGELA. Sí. Y cuando ví entrar á mi Gonzalo... porque le ví entrar en casa de Julia... imaginé que era cierta su traición... ¡y no lo era! ¡á nadie quiere más que á mí! ¡no lo dude usted! lo sé... ¡pero entonces no lo sabía!...

ANS. ¡Acaba! ¡que la sangre me ahoga!

ANGELA. ¡Como á mí!... ¡toda afluyó á mi cabeza!... ¡toda... toda!... ¡toda la de mis venas, traicionera y cruel; porque me privó de la voluntad para defenderme y no me privó de la vida, para hacer de la muerte barrera de la honra! Y yo pregunto, cuando la voluntad no existe, y el pensamiento se ha desvanecido, y la conciencia duerme, y la vida es muerte, ¿puede haber culpa?

ANS. ¿Qué dices?... ¡qué has dicho!... ¡qué es lo que yo he comprendido! ¡no!... ¡no!... ¡yo no he comprendido nada!... ¡usted! ¿pero ha sido usted?... ¿Pero todo esto es verdad, ó el contagio de Gonzalo ha pasado á esta pobre mujer y la enloquece?

ENRIQUE. ¡Adivine usted en mi rostro, y en mi paciencia, y en mi resignación, y en mi mansedumbre... la verdad!

ANS. ¡No comprendo medias palabras!

ENRIQUE. Si no fuera culpable, si yo mismo no me espantase de mí, ¿me podría usted ver tan humilde y tan paciente?

ANS. ¿De modo que es cierto? ¡no quiero más que un sí!

ENRIQUE. ¡Pues acabe usted de encender sus iras! ¡sí!

ANS. (*Precipitándose sobre Enrique y cogiéndole por un brazo.*) ¡Ah!...

ANGELA. ¡Padre!... (*Vacilando.*)

ANS. ¡Por traición tuviste á esa mujer! ¡cara á cara te tengo yo!

ENRIQUE. ¡Don Anselmo, es demasiado pronto!

ANGELA. ¡Dios mío, Dios mío!... ¡No, padre!... ¡compasión!

ENRIQUE. ¡Mire usted á Ángela!... ¡va á caer desplomada en tierra!... ¡yo no puedo acudir á ella!... ¡yo no puedo tocar á esa mujer!...

ANS. ¡Ángela!... (Soltando á Enrique.)

ANGELA. (Á D. Anselmo que se acerca.) ¡No me toque usted tampoco!... ¡un hombre de honor como usted debe huir el contacto de una mujer escarnecida, como yo! (Pequeña pausa: Anselmo y Ángela se miran como la inspiración les dicte.)

ANS. ¡Pero un padre puede abrazar y sostener á su hija!

ANGELA. ¡Ay, padre mío!

ANS. ¡Ángela! (Quedan abrazados.) ¡Sólo para sostener tu cuerpo, he podido abandonar aquél! ¡no será por mucho tiempo!

ANGELA. ¡No! ¡ya no!... ¡que huya, que se marche, que nos deje para siempre!

ANS. ¡No es posible!

ENRIQUE. Yo me someto á lo que usted resuelva. Salir de aquí para siempre... ó quedarme... para pagar mi deuda.

ANS. Y yo resuelvo que se quede usted. ¡Huir!... ¡qué cómodo sería huir!... ¡Deshonro á una mujer; hiero á traición á un amigo; mancho para siempre el nombre de una familia!... ¡y luego, reconozco lealmente mi falta; me arrepiento humildemente; presento mis excusas con toda la cortesía de un hombre bien educado; saludo... y me retiro diciendo «fué un instante de delirio, perdonen ustedes...» y mientras las víctimas quedan entre lágrimas y desesperación, usted á empezar *nuevos delirios* con sus correspondientes arrepentimientos y excusas!... ¡Ah! ¡por esta vez los delirios acabaron y acabaron los arrepentimientos! ¡Yo se lo juro á usted por mi nombre y por la salud de mi hijo!

ENRIQUE. ¡No me opongo!... ¡á nada me opongo... sino á sufrir más insultos... porque aunque yo reconozca que los merezco... tantos pudieran ser, que se agotase eso, que usted llama mi arrepentimiento y mi cortesía!

ANS. ¡Ah! ¡la dignidad del buen caballero! ¡que las palabras

de un anciano son intolerables para su delicada epidermis de persona de honor, y han de tolerarse en cambio las hazañas cobardes y villanas del noble burlador nocturno!

ENRIQUE. ¡Don Anselmo!

ANGELA. No más: basta, padre: si yo, que soy quien más puede apetecer la venganza, no la quiero... ¡si lo único que pido á Dios es no ver ya nunca á ese hombre!

ANS. ¡Pues no le verás! La tarde declina: aun tenemos media hora de luz. (Á Enrique.)

ENRIQUE. ¿Será bastante?

ANS. Con muy poca basta para el castigo: menos necesitó usted para la infamia.

ENRIQUE. Pues sea.

ANS. En el hotel inmediato... en el de nuestro amigo el doctor hay una espaciosa sala de armas... y un frondoso parque: á escoger.

ANGELA. ¡No, eso no: por Dios santo se lo pido á usted!

ANS. Es inútil: Ángela me ha dicho que estaban nuestros amigos allá dentro: está usted y estoy yo... de suerte ¿que no sé á qué esperamos?

ENRIQUE. ¡Yo, sus órdenes: no más!

ANS. Y yo... nada: vamos.

ANGELA. ¡Ay! ¡padre mío! ¡qué hice! ¡estaba delirante! ¡le odiaba mucho!...

ANS. ¡Has hecho lo que debías! ¡por eso te quiero más que antes! ¡pero yo también he de cumplir mi deber!... ¡no has de ser tú sola! (Queriendo desprenderse de sus brazos.)

ANGELA. No, don Anselmo, ¿para qué la venganza?... ¡el desprecio y el olvido son bastantes!...

ANS. ¿Para qué? ¡para poderos presentar ante el mundo! ¡que las manchas se ennoblecen, como los escudos de familia, cuando los cruzan *barras de sangre!*

ANGELA. ¡Ay, Dios mío!... ¡mi corazón va á saltar!

ANS. (Acercándose á la derecha.) ¡Gonzalo!... ¡Gonzalo!

ANGELA. ¡Padre!... (Quiere ir á él.)

ENRIQUE. (Acercándose á ella, deteniéndola y en voz baja.) No tema

usted: la vida de ese anciano no peligra.

ANGELA. (Se cubre el rostro y se deja caer en el sefá.) ¡Jesús! ¡Jesús mío!

ENRIQUE. (¡Ah! ¡por fin!... ¿habrá creído en mí?) (Ap. con alegría suprema.)

ANS. ¡Gonzalo!... ¡aquí!... ¡pronto!

ESCENA VI.

ÁNGELA, D. ANSELMO, ENRIQUE y GONZALO por la derecha.

GONZ. ¿Quién me llama?

ANS. ¡Yo!

GONZ. ¿Para que hablemos? ¿no es verdad? ¿Todos quieren hablar conmigo? ¡La gente que encontraba!... ¡y aquellos, que me abrumaban con su cariño!... ¡y ahora tú!... ¿por qué? ¿por qué este afan? ¿Qué pensais que voy á deciros?... ¡Si no voy á deciros nada!... ¡Si no quiero deciros nada!...

ANS. No: es para que te quedes aquí con Ángela.

GONZ. ¿Y tú?

ANS. ¡Yo... voy... con Enrique!

GONZ. ¿Con Enrique? ¿Para qué?... (Al oído.) ¿para que entre los dos aclareis el misterio de mi delirio?... ¿Para eso vais juntos?

ANS. Sí: para eso.

GONZ. ¡Pues id: id al instante! ¡Yo, con maña... he averiguado del Doctor y de don Leandro una parte de la verdad!... ¡pero no la saben por entero!

ANS. ¡Pues aguárdanos aquí!

GONZ. Aguardaré.

ANS. (Ap. á Gonzalo.) (¡Dame tu mano! ¡dame tus brazos! ¡préstame tu energía!... ¡unos minutos... unos minutos no más de tu juventud y de tu fuerza!... ¡y por ellos te daré el resto de mi vida!)

GONZ. ¡Si todo lo mío es tuyo!... ¿mi fuerza y mi juventud, quién me las dió? ¡Yo no niego nunca deudas de sangre!

ANS. ¡Ni yo tampoco! ¿Vamos? (Á Enrique.)

ENRIQUE. (¡Adios, Gonzalo!... ¡tu mano!... ¡y que su contacto apague en mí toda energía... y mate todo instinto de salvación!...) Vamos.

ANS. ¡Y ahora... si hay justicia en el cielo... Dios mío, encomiéndamela á mí!... ¡Enrique... nos esperan!... (Salen los dos por la derecha.)

ESCENA VII.

ÁNGELA y GONZALO.

GONZ. (Acercándose á Ángela.) ¿Á dónde van? ¿Por qué mi padre invocó la justicia divina?... ¿por qué la mano de Enrique estaba helada?

ANGELA. ¡Porque tu padre te quiere con toda su alma... y vela por tu vida y por tu honra!

GONZ. ¿Mi vida? ¡sí mi vida está aquí: en Ángela! ¿mi honra? ¡si mi honra la guardas tú: si la guarda mi Ángela!

ANGELA. Pues mira ¡no veló bien por ella tu Ángela!

GONZ. ¡Ah! ¡tú eres cómplice de aquéllos! ¡lo mismo querían darme á entender! ¡que estas visiones mías... no eran delirios! ¡que no eran engendros de la fiebre! ¡que eran realidades! ¡Cuenta conmigo! ¡que no estoy tan loco como suponen!... ¡Ese vientecillo de la tarde... me ha calmado mucho!... ¡Y mis ideas ya no abrasan... pero hielan!

ANGELA. ¿De veras?... ¿será cierto?... ¿poco á poco la razón vuelve á ti?

GONZ. Pero desdichada, ¿eso te causa alegría?

ANGELA. ¡Sí; porque en este mundo... tú eres lo primero para mí!

GONZ. ¡Y tú también para Gonzalo... y por eso no quiero recobrar la razón! ¡y ella empeñada en venir!... ¡pues no la quiero... la rechazo... la maldigo!

ANGELA. ¡Bendita sea... aunque me cueste la vida!

GONZ. ¡Pues te costaría, pobre mujer! ¿pues no está empeñada en que la odie, y la desprecie, y la despedace?...

¡pues tú estás más demente que yo!

ANGELA. ¡Otra vez!... ¡otra vez!

GONZ. ¡Sí: por fortuna: ahora me toca á mí estar alegre! ¡Ah! ¡si tú supieras lo que es mi cerebro! ¡ya no sufro tanto como antes! ¡mar extraño .. que ciñen fantásticas playas... á las que van llegando las olas!... ¡unas cristalinas!... ¡otras negras!... ¡y cuando llega la ola trasparente, todo lo veo claro... y cuando llega la negra ola, todo lo veo en sombras!... líneas blancas y líneas oscuras que ondulando avanzan... ¡ahora una... luego otra... ya llega la de plata... ya llega la de tinieblas!... ¡déjame... déjame... que siga su ritmo!... ¡qué acompasado es!... ¡y qué dulce!... ¡y qué tranquilo!... ¡Ángela!... ¡Ángela!... ¡si esta es la dicha por qué quieres despertarme!.

ANGELA. ¡No!... eso no?... ¡quiero despertarte!... ¡cueste lo que cueste!... ¡Despierta de tu delirio, Gonzalo! ¡que te llama tu amor! ¡que te llama tu dignidad! ¡que te llama tu Ángela!

GONZ. ¡Que me quieren!...

ANGELA. Ahora, ¿entiendes lo que te digo? ¿puedes recoger tu pensamiento?

GONZ. ¡Sí! ¡Me parece que sí!

ANGELA. Pues entiéndelo: Enrique es traídor... desleal... infame... ¡quiso que yo le amase!

GONZ. ¿Tú? (Con voz terrible.)

ANGELA. ¡Sí: tu Ángela!

GONZ. ¡Imbécil!... ¿Pues tu voluntad no es tuya?

ANGELA. ¡Lo que no se consigue por la voluntad... se consigue por la fuerza!

GONZ. ¡Por la fuerza!... ¿qué has dicho?... ¿qué fuerza tiene la fuerza para penetrar en el cerebro?... ¡por la fuerza!... ¡si: la fuerza es brutal!... ¡la fuerza es ciega!... ¡la fuerza es monstruosa!... ¡yo puedo cogerte entre mis brazos... á tí... á tí!... ¡á un sér tan hermoso, tan débil, tan puro!... Pues sin embargo... ¡puedo convertirlo, con la presión de un abrazo mortal, en un montón de tierra!...

¡Y eso haré si no dices que es mentira lo que he oído!

ANGELA. ¡Es verdad!

GONZ. ¡Que mi esposa... la que yo recibí en este mismo salón la noche de mis bodas... la de la blanca frente, que yo besaba desde lejos, porque no me atrevía á tocarla con mis lábios... la mujer á quien hice un altar en el fondo de mi alma, á donde sólo Dios y yo llegábamos!... ¿ha sido profanada por otro aliento que no ha sido el mío?... ¿eso dices tú? ¿mira que eso lo entiendo bien?... ¿eso dices tú?... ¡repítelo!

ANGELA. Sí... profanada... ¡pero soy inocente!... ¡te lo juro!

GONZ. ¡Profanada y al mismo tiempo inocente! ¡Liviana y pura! ¡traidora á medias y á medias leal! ¡Eso sí que no lo comprendo! ¡Lo uno ó lo otro! Tales absurdos quieres infundirme, que mi razón se resiste, y protesta, y dice al fin ¡aquí estoy!

ANGELA. ¡Sí! ¡esa mirada ya no es aquella!

GONZ. ¡Pero este Gonzalo es el de siempre! ¡Te traje en mis brazos casi, la noche en que fuiste mi esposa, á esta casa... en mis brazos también te arrojaré de ella por allí, (Señalando al balcón.) si no me dices que has mentido! (La lleva hacia la izquierda.)

ANGELA. ¡No he mentido!

GONZ. ¿No?... ¡piénsalo bien!

ANGELA. (Mirándole á los ojos.) ¿Pero ya no deliras?

GONZ. Yo no lo sé... pero por última vez te digo... ¡jura que mientes!

ANGELA. ¿Cómo quieres, que jure lo que no es verdad?

GONZ. ¡Tampoco! ¡pues ven!...

ANGELA. ¡Gonzalo, compasión!

GONZ. ¡No! ¡ni compasión, ni perdón!... ¿Eres mi esposa? ¿juraste ser mi compañera? ¡pues sigue mi suerte!... ¡Yo sé como cae un cuerpo en el abismo!... ¿Caí yo?... ¡pues ahora vas á caer tú!

ANGELA. ¡Gonzalo!

GONZ. ¡Anoche fué tu sombra la que rodó por el espacio: ella te enseñó el camino; ahora será tu cuerpo: solo... que

no irás con Enrique, sino conmigo!...

ANGELA. ¡Gonzalo!...

ESCENA VIII.

ÁNGELA, GONZALO y PAULINA.

PAUL. ¡Ángela!... ¡Ángela!... ¡Gonzalo!... (Precipitándose hacia ellos.)

GONZ. ¿Quién viene?... ¿Quieren salvarla?... ¿Quieren arrancarla de mis brazos?... ¡no: es mía!... ¡es mía!

PAUL. ¡No, Gonzalo!... es que Enrique... y don Anselmo... ¡Dios mío!

GONZ. ¿Mi padre?... ¿qué?

PAUL. ¡Un desafío!... ¡un desafío á muerte!

GONZ. ¿Á muerte?

PAUL. ¡Si!

ANGELA. ¿Pero quién?... ¿quién... ¿cuál de los dos?

GONZ. ¿Mi padre acaso?

PAUL. ¡No!... ¡Enrique!

ANGELA. (Cayendo en el sofá.) ¡Él!... ¡me cumplió su palabra!... ¡Dios lo ha querido!

GONZ. ¿De modo?... ¡sí!... ¡que todo gira alrededor de la misma idea!... ¡Lo que ella me decía!... ¡Enrique!... ¡su villanía!... ¡su castigo! ¡Todo se agrupa... se ordena... se aclara... pero mi padre! ¡falta mi padre!... ¡no dijiste verdad!... ¿dónde está?...

ANS. (Desde dentro.) ¡Gonzalo!...

GONZ. ¡Sí!... ¡ahí está!... ¡padre!... (Se precipita hacia el fondo.)

ESCENA IX.

ÁNGELA, PAULINA, GONZALO, D. ANSELMO, después D. LEANDRO.

D. Anselmo y Gonzalo se encuentran al entrar aquél y se abrazan.

GONZ. ¡Padre!...

ANS. ¡Hijo mío!... ¡Gonzalo!... ¡fué preciso!... ¡fué preciso!... ¡que Dios nos perdone á todos!... ¡Él... Enrique... estaba ciego!... ¡aquél hombre estaba ciego!... ¡yo no sé como fué!... Le presenté la punta de mi espada... ¡con energía!... ¡eso sí, con energía!... ¡yo estaba seguro de mí mismo!... ¡ya lo creo!... ¡pero él se precipitó!... ¡no era un hombre que acomete!... ¡era como un cuerpo que empujan por la espalda!... ¡era como si una mano invisible y justiciera apoyándose en sus hombros lo echase sobre mi acero!

ANGELA. ¡Jesús!...

ANS. ¡Cómo ha de ser!... ¡Dios lo ha permitido!... ¡tú no tienes remordimiento ninguno!... ¡si lo hubiere, todo es mío! ¡Lo pasado... pasó! ¡Y ahora ya puedes abrazar á tu esposa! (Ángela levanta la cabeza y le mira suplicante.)

GONZ. ¡Espera!... ¡déjame pensar!... ¡Enrique!... ¡de modo que Enrique!...

ANS. ¡No pienses en él!... ¡piensa en ella!... ¡Te esperan sus brazos!

GONZ. ¿Sus brazos?... ¡Pero ella dice que no!... ¡que estoy deshonrado!... ¡que por todas partes se proclama mi afrenta!... ¡Y tengo miedo, padre mío... por primera vez en mi vida, tengo miedo!... (Acercándose á su padre como si le pidiera protección.)

ANS. ¡Y yo... qué soy... quién soy... y que sé lo que es honra, te digo que esa mujer es una esposa honrada!... ¡tan honrada por el alma, como lo fué mi propia esposa!... ¡como lo fué tu madre!

GONZ. ¿Qué dices?... ¡Mi cabeza está débil y dolorida!... ¡mi cuerpo quebrantado y débil también!... ¡antes tanta fuerza!... ¡y ahora!... ¡ahora!... ¡No te comprendo!... ¡Tú quieres que yo ame á mi Ángela!... ¡pero si la amo más que á mi vida!

ANS. ¡Entonces!...

GONZ. ¿Sí... pero y aquéllos? (Señalando á Leandro y Paulina.) ¿Y todos esos á quienes yo encontré hoy?... ¿qué pensarán de mí?... ¿Tú deseas... que yo... le dé mi perdón?

ANS. ¡Perdón, no!... ¡Justicia!

GONZ. ¡Y he de presentarla conmigo ante las gentes... pregón eterno de mi vergüenza!... ¡padre mío!... ¡padre mío!... ¡no has pensado en ello!

LEAND. ¡Recobró el juicio!

PAUL. ¡Pobre Ángela!

ANGELA. ¡Esto... no lo merezco! (Con desesperación.) ¡pero no importa!... ¡gracias, Dios mío! ¡ha recobrado el juicio!

ANS. ¿Les oyes?... ¡Mírala!... (Señalando á Ángela.) ¡Resuelve!... ¿y sepa yo si te engendré sin corazón?

GONZ. ¿Sin corazón? ¡No!... ¿pues dónde están las raices de todos mis cariños? (Rehaciéndose y cobrando energía.) Pues ella... ¿ella, no es mi Ángela?... ¿y yo, yo no soy su Gonzalo? ¡Ah! ¡cuántas ideas se agitan aquí!... ¡Despiertan!... ¡sí: despiertan con hervor infinito!... ¡Ah! ¿qué es eso?... ¿qué es eso, de mi razón y de mi locura? ¿Por qué dicen ustedes, que he recobrado la razón?... ¿Por qué soy cobarde? ¿por qué soy infame? ¿por qué el mundo me asusta? ¿por qué quiero abandonarla? ¡Ah!... pues entonces... entonces, razón humana, nido de pequeñeces, de cobardías y de egoísmos... renuncio á tí y vuelvo á mi locura... ¡y vuelvo á mi amor! ¡Ángela, vuelve á mis brazos!

ANGELA. ¡Gonzalo!... ¡Gonzalo!... ¡Gonzalo mío! (Precipitándose en sus brazos.)

LEAND. ¡Fué solo una ráfaga de cordura!... ¡pobre Gonzalo... está loco!

PAUL. ¡Desdichado!

GONZ. ¡Sí: os adivino: os oigo: ¡á todos les oigo!... ¡que allá fuera... por todos los centros de la villa bullen y zumban sus murmullos y sus comentarios! ¡Sí: antes, cuerdo! ¡Ahora, loco! ¡Sea! ¡pero cuenta que la locura triplica las fuerzas!... ¡y todas las que se condensan potentes en mi corazón! ¡y todas las que se agitan ardorosas en mi sangre! ¡y todas las que piden sus energías al alma en mi pensamiento!... ¡todas ellas! sin que falte un átomo... están á la defensa de mi Ángela!

Y al que no mire con respeto á esta mujer, al que ante ella no se descubra hasta el suelo, al que ponga en los lábios ni el retoque de una sonrisa... á ese le enseñaré yo que son mortales para los cuerdos los abrazos de los locos! ¡Ángela, soy tu Gonzalo! ¡fía en mí!

ANS. ¡Ángela, soy tu padre! ¡fía en mí también! ¡Y levanta tu frente, que entre tu esposo y tu padre no queda sitio para la deshonra!

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, origina y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)

El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitación.

Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)

En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama original en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.
De mala Raza, drama en prosa y en tres actos.
Dos Fanatismos, drama en prosa y en tres actos.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

